

***La identidad del enemigo: representación de la “subversión” en las  
Fuerzas Armadas entre 1978-1982***

***Por: Mateo Echeverry Ángel***

***Trabajo de grado para optar por el título de Comunicador Social-  
Periodista  
Campo profesional de Periodismo***

***Trabajo de grado para optar por el título de Antropólogo***

***Tutor: Julio Arias Venegas***

***Pontificia Universidad Javeriana  
Facultad de Comunicación y Lenguaje  
Facultad de Ciencias Sociales***

***Bogotá***

***2010***

*“El Alto Quemando Central se permite informar a la opinión pública, que:”*

*A la memoria de Jaime Garzón.*

## **Tabla de contenido**

<b>Introducción .....</b>	<b>4</b>
<b>I. Buscando al enemigo (sobre cómo ubicarlo y estudiarlo).....</b>	<b>11</b>
Guerra Fría, Doctrina de Seguridad Nacional, “militarización”: contextos y debates	
Betancur, los diálogos de paz y los militares	
<b>II. Del “cambio” al “orden”: el giro en el pensamiento de las Fuerzas Armadas.....</b>	<b>28</b>
Los desarrollistas vs Los tradicionalistas	
El “problema del hombre colombiano”	
<b>III. El pensamiento contrainsurgente (1978-1982).....</b>	<b>42</b>
En la piel del enemigo: El pensamiento contrainsurgente	
Articulación	
Infiltración (la metáfora del contagio)	
Escala global/local	
Orden/desorden	
<b>IV. Del guerrillero rural al terrorista urbano .....</b>	<b>66</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>76</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>78</b>

## **Introducción**

*“Es un guerrillero de civil”.*

Esta frase dio origen a esta investigación. La naturalidad con que se pronuncia hace casi desaparecer la complejidad que la propia frase encarna, pero cuando nos detenemos sobre ella, encontramos que nos refiere a una serie de situaciones muy particulares. En un primer lugar, a la idea que en el campo de batalla, las Fuerzas Armadas deben entender que su enemigo no está claramente identificado y que se mimetiza con la población civil. Segundo, que ya que el enemigo se resguarda entre la población civil, pues tiene que existir un método que permita la identificación del enemigo. Entendemos entonces, que detrás de esta frase existen toda una serie de preguntas sobre las dinámicas del conflicto armado que ha sufrido Colombia. Preguntas sobre qué entendemos por “población civil”, “frente militar” o “subversivo”. Sobre los límites del campo de batalla en una confrontación armada frente a la población civil. Pero ante todo es una pregunta sobre el enemigo, que debe ser identificado, que “engaña” con su apariencia de civil. Esta es exactamente la pregunta sobre la identidad del enemigo, y para entenderlo debemos acercarnos al modelo de la guerra contrainsurgente, el contexto en que se crea y los presupuestos que aplica.

La guerra contrainsurgente se crea en el marco de la Guerra Fría en donde, paralelo a la confrontación entre Estado Unidos y la Unión Soviética, surgen en distintos lugares del globo movimientos insurgentes al interior de estados, principalmente suramericanos, africanos y asiáticos. El fundamento básico de la guerra contrainsurgente es la existencia de una guerra asimétrica o guerra fluida, en la cual la insurgencia, al entender que no cuenta con el mismo pie de fuerza de las fuerzas armadas del Estado, utiliza una gran gama de estrategias bélica y no-bélicas para derrotar al Estado y llevar a cabo la revolución. Frente a la estrategia bélica, la guerra asimétrica o guerra fluida señala que el accionar de estos grupos subversivos se centra en la posibilidad de acción que les brinda permanecer resguardados entre la población civil. En otras palabras, los grupos insurgentes dificultan la tarea de las fuerzas armadas al no confrontarla directamente, sino atacarla sin el menor aviso, realizando una guerra subterránea.

Por el otro lado, en la estrategia no-bélica se menciona el proceso de infiltración y adoctrinamiento al que es sometida la población civil para producir la simpatía y el apoyo hacia la lucha insurgente. Esta forma en que permea la subversión los distintos ámbitos sociales es percibida como una forma de crear las condiciones objetivas y subjetivas para que triunfe la revolución marxista-leninista. En este punto, si bien la población civil es un punto para refugiarse por parte de los grupos insurgentes, que no cuentan con la capacidad de confrontar directamente a las fuerzas del Estado; así mismo son el sitio en donde la insurgencia busca reclutar miembros para su lucha.

Esto significó que, bajo el concepto de guerra asimétrica o guerra fluida, la amenaza ya no proviene de un enemigo que se confronta en el campo de batalla, sino de un enemigo que se infiltra en la población civil. De esta forma, la imagen de un enemigo debidamente delimitado se desdibuja radicalmente, dándole paso a una preocupación constante por la identificación de este enemigo y cuyo método de ataque -enmarcado en la estrategia total- pueden ser legales pero no por tanto desconectados de intereses del enemigo. Esto genera que el campo de batalla ya no se limite a los escenarios de confrontación bélica con el enemigo, sino que se expande a todos esos escenarios no-bélicos, los cuales el enemigo utiliza para lograr la derrota del Estado. La preocupación entonces de la guerra contrainsurgente recae en un entonces la identificación y neutralización del enemigo, que se difumina, se esconde, pero que en cualquier punto emerge para atacar.

Esta investigación busca acercarse a la representación de la noción de enemigo que las Fuerzas Armadas construyeron en el marco de la guerra contrainsurgente, entre los años 1978-1982, y que se reconstruye a partir de un análisis de la Revista de las Fuerzas Armadas entre los años mencionados. Dentro de la construcción particular del enemigo nos preguntamos, en un primer lugar, por la representación que se hace del enemigo las Fuerzas Armadas entre 1978-1982. En un segundo lugar, nos preguntamos sobre el tipo de conocimiento que el pensamiento contrainsurgente crea para explicar el accionar y el surgimiento del enemigo. En un tercer lugar, nos preguntamos por las rupturas y transformaciones que tiene esta representación del enemigo tiene por cuenta de las dinámicas sociales, económicas y culturales.

La pregunta sobre la identidad del enemigo la hacemos en el marco de una categoría como *representación*. Hall (1997) señala que las representaciones son la forma mediante la cual se crean unas imágenes particulares sobre los fenómenos. Pero estas representaciones no son imágenes aisladas, y en muchos casos estructuran todo un sistema de representación, “esto porque consiste, no en conceptos individuales, sino en diferentes modos de organizar, agrupar, arreglar y clasificar conceptos, y de establecer relaciones complejas entre ellos” (Hall, 1997:16). De esta forma entendemos que la noción de enemigo que circuló al interior de las Fuerzas Armadas, es una compleja *representación* que presenta un ordenamiento, unos conceptos y unas clasificaciones específicas. En enemigo es, de esta forma, una imagen que debemos entender desde las lógicas que lo producen y los presupuestos que aplica.

La elección del periodo a analizar (1978-1982) obedece a un contexto histórico particular del conflicto colombiano, que coincide con la llegada a la Presidencia de Colombia de Julio Cesar Turbay en 1978, y con la capacidad que éste les brindó a las Fuerzas Armadas para la plena implementación del modelo de guerra contrainsurgente por medio del Estatuto de Seguridad Nacional.

Así mismo, la selección de la Revista de las Fuerzas Armadas como fuente principal para este trabajo de investigación se debe, principalmente, a un esfuerzo por acercarnos a la *representación* de la noción de *enemigo* presente en el periodo de 1978-1982 bajo en las mismas categorías que los militares. De esta forma tratar de lograr rearmar los modelos de clasificación y los conceptos que sirven como base en esta *representación*, logrando cubrir el gran vacío que las investigaciones sobre “militarización” o “politización” han dejado en este punto. La Revista de las Fuerzas Armadas<sup>1</sup> es por tanto fuente privilegiada entre 1978-1982 por una serie de puntos. El primero, la Revista de las Fuerzas Armadas es editada directamente por la Escuela Superior de Guerra. Esto supone un control y un filtro particular con los artículos impresos en la publicación. Segundo, en la revista se encuentran como autores, no sólo estudiantes de distintos rangos militares (mayores, sargentos, coroneles), sino también profesores de la institución, civiles cercanos al pensamiento militar y militares extranjeros.

---

<sup>1</sup> La Revista de las Fuerzas Armadas es fundada en 1959 por el entonces Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, general (r) Alberto Ruiz Novoa. La dirección de la revista se realiza bajo la responsabilidad de Comando General de las Fuerza Armadas. En 1976 la Escuela Superior de Guerra recibe la responsabilidad de editar la revista, edición que realiza hasta la fecha. La revista se describe como “un medio de difusión del pensamiento militar y civil sobre aquellos aspectos que de una u otra forma tienen relación con la Seguridad y la Defensa Nacional”.

Ya que este trabajo se sustenta sobre un trabajo extenso de archivo debemos señalar unos puntos frente al debate si el trabajo de archivo puede considerarse etnográfico. Como lo señala Stoler, “la antropología no puede seguir viendo los archivos como objetos de otra disciplina” (Stoler, 2002: 90). Es de esta forma, explica Stoler, el trabajo de archivo debe alejarse de ser una mera “labor extractiva”, para pasar a repensar el material de las colecciones y pasar a preguntarnos qué esfuerzos hay en estos textos se hace para posicionar una “verdad” particular. Stoler señala que el énfasis en este trabajo de archivo desde una mirada disciplinar de la antropología se debe centrar en reconstruir e indagar en “cómo imaginaba la gente que sabían lo que sabían y qué instituciones validaban ese conocimiento, y como era realizado ese proceso de validación. No por tanto tratar las convenciones y categorías de análisis (estadísticas, hechos, verdades, probabilidades, notas de pie, etc.) como inocuas o benignas” (Stoler,2002:95). Hay que señalar por tanto que el análisis que se realizó de la información busca dar cuenta del complejo *sistema de representación* que encarna el modelo de guerra contrainsurgente y que denominaremos “pensamiento contrainsurgente”. El objetivo fue por tanto, reconstruir a partir de los mismos artículos de la Revista de las Fuerzas Armadas el *sistema* que subyace el “pensamiento contrainsurgente” en donde, y retomando a Hall, se “organizan, agrupan y clasifican conceptos, y se establecen relaciones complejas entre ellos” (Hall, 1997:16). En este sentido, hay un esfuerzo por superar una simple transcripción de los hallazgos del archivo, tratando de establecer una narrativa que permita recrear las conexiones entre conceptos y las relaciones que estos conceptos tienen con su contexto histórico particular.

En lo que respecta a la pertinencia de un trabajo como esté para disciplinas como la antropología y la comunicación social, la justificación es clara: entender las representaciones sobre el enemigo por parte de las Fuerzas Armadas en un periodo como el de 1978-1982 nos ayuda a entender unas dinámicas del conflicto armado en Colombia desde inicios de los años ochenta hasta nuestros días. Ambas disciplinas entienden el alcance que las representaciones pueden tener en el mundo social, contribuyendo a estructurar prácticas específicas. Y no podemos dejar de subrayar el gran impacto que una determinada representación del enemigo en unas Fuerzas Armadas pueden tener en una determinada sociedad. Son sobre estas representaciones que se estructura un determinado accionar en la guerra, que se crean los lineamientos en el campo de batalla, que se producen bajas en la línea del enemigo. Desde un interés académico, estas representaciones nos ayudan a entender unas dinámicas del conflicto armado colombiano. Desde una posición política

nos lleva a preguntarnos sobre la misma naturaleza de la intervención de las fuerzas armadas en el conflicto colombiano.

Desde los estudios de la comunicación social se le ha dado importancia a los trabajos realizados alrededor de una categoría como la *ideología*. Y en este caso, podemos entender este trabajo como un esfuerzo por identificar los elementos que configuran ideológicamente el pensamiento contrainsurgente. La definición de *ideología* la tomo de Lull señalando que, “la ideología es pensamiento organizado: complementos de valores, orientaciones y predisposiciones que forman perspectivas ideacionales expresadas a través de la comunicación interpersonal y de la comunicación mediada tecnológicamente” (Lull,1997: 19). En este sentido, considero interesante integrar la categoría de “elaboración discursiva de la ideología” de Thompson (Lull, 1997:34), según la cual, la *ideología* entra a hacer parte de los procesos de *mediación social*. Esto se refiere en la apropiación y naturalización según los cuales “la ideología se nos hace familiar y normal de un modo semejante en la relación social de rutina” (Lull, 1997:33). De esta forma podemos acercarnos, desde la comunicación social, a entender como la misma representación del enemigo de las fuerzas armadas entra a ser parte de la mediación social con la que la institución militar interactúa con la sociedad. El reconocimiento de estas estructuras ideológicas resulta fundamental para que desde los medios se realice una cobertura responsable e independiente del conflicto armado colombiano, entendiendo el lugar de enunciación de los actores, en este caso las Fuerzas Armadas.

Desde la antropología este trabajo se enmarca en los trabajos que en Colombia han indagado por los discursos emocionales de los actores armados. Ingrid Bolívar (Bolívar, 2007), indaga por la producción de discursos emocionales de actores armados - FARC y AUC-, a través de los cuales se trata de realizar “una caracterización de las organizaciones que facilita la comprensión del lugar que se autoasignan en el orden social y las relaciones que establecen con el estado y otros sectores de la sociedad” (Bolívar, 2007: XV). Bolívar explica que, “los discursos de los actores armados tienden a montarse sobre creencias acerca de las motivaciones y los comportamientos de los otros, que recalcan la agresión, la ofensa, la traición y el daño. Suelen explicar su propio comportamiento en términos de defensa, respuesta y protección, y suelen tener como objetos intencionales al estado, los rivales y otros grupos sociales” (Bolívar,2007:XXXVI). Este presente trabajo es entonces un esfuerzo por indagar por otro de los actores del conflicto colombiano,



como son las Fuerzas Armadas, quienes también han creado todo un discurso emocional frente a los demás actores.

El esfuerzo de esta investigación está en entender la idea de enemigo que ya está mucho más allá de los uniformes. La misma disciplina académica me hace enfatizar, una y otra vez, que trata sobre un enemigo ubicado en un tiempo particular, pero que por más enfática que sea esa afirmación no deja de hablar del presente.

El trabajo consta de cuatro capítulos. En el primero, *Buscando al enemigo (cómo encontrarlo y estudiarlo)*, menciona el camino llevado a cabo para la elaboración de un problema de investigación sobre el enemigo en la guerra contrainsurgente, y de paso señala un contexto histórico y unas líneas argumentativas que nos ayudan a acercarnos a la investigación.

En el segundo capítulo, *Del “cambio” al “orden”: el giro en el pensamiento de las fuerzas armadas*, se presentan las rupturas que existen en la forma en que las fuerzas militares colombianas se han acercado a entender el fenómeno subversivo, involucrando en su análisis elementos de las ciencias sociales. En este capítulo también señalaremos cómo surgen la noción de “orden” como central en el pensamiento de las fuerzas armadas a partir del retiro del general Ruiz Novoa en 1965.

En el tercer capítulo, *En la piel del enemigo: el pensamiento contrainsurgente*, primero analizamos la configuración del “pensamiento contrainsurgente”, que surge a partir del conocimiento creado alrededor del modelo de guerra contrainsurgente. Analizaremos cómo concibe el “pensamiento contrainsurgente” la emergencia de su objeto – el enemigo- como el resultado de un horizonte de interpretación, y por tanto, invisible para individuos ajenos a los postulados de la guerra contrainsurgente. Así mismo señalaremos la lectura que desde las fuerzas armadas colombianas se hacía de la estrategia total de la subversión, tomando como punto de partida el propio análisis de la definición de “subversión”. Luego nos acercamos a la noción de articulación, infiltración, orden/desorden y escala global/local; herramientas que nos ayudan a entender la construcción de un enemigo complejo.

En el cuarto capítulo, *Del guerrillero rural al terrorista urbano*, damos una mirada a la lectura sobre a las transformaciones de la dinámicas del conflicto que representó la llegada del M-19, y la misma diferenciaciones que se plantearon entre la subversión rural (guerrillero campesino) y la subversión urbana (terrorista).

## **I. Buscando el enemigo (sobre cómo ubicarlo y estudiarlo)**

¿Quién es el enemigo? Es una pregunta clara en los distintos momentos históricos que ha vivido Colombia. El enemigo federalista, el enemigo centralista. El enemigo liberal, el enemigo conservador. Estos enemigos se ven, desde nuestro lugar, lejanos en la historia. La distancia histórica nos impide verlos justamente como enemigo. Más que eso, nos impide sentirlo como enemigo. Y este es un punto a resaltar, el enemigo es una experiencia sensitiva ubicada en un momento histórico específico mediante el cual se construye un otro y a través del cual se construye un nosotros. Pero no siempre el otro se articula en la forma del enemigo. Y es que en la idea del enemigo se teje una relación extremadamente compleja con el otro, mediante la cual el otro a destruir se constituye como la propia fundamentación del nosotros. Una idea de *somos así porque nos enfrentamos a ellos*.

De todos los enemigos que pueden existir en la historia colombiana el único que puedo *sentir* es el que me tocó vivir. La idea del enemigo subversivo es la que he vivido. Nací después de la toma del Palacio de Justicia por el M-19. Crecí sintiendo miedo de salir a las carreteras por las “pescas milagrosas”. Entendiendo muy poco sobre el conflicto armado del país, veía en los noticieros las imágenes de pueblos enteros en el suelo, completamente arrasados por la salvaje explosión de las pipetas de gas que no distinguían entre casas escuelas, iglesias o puestos de policía. Tengo el recuerdo de que esta imagen se repetía, una y otra vez, al prender el televisor en las noches. Y recuerdo que esas imágenes de destrucción no me perturbaba. Creo que en parte porque me llegaban por la pantalla de un televisor y parecían ser de otro lugar. Un sitio que no conocía, por el que no podía sentir mayor empatía. Y siempre que ocurrían estos hechos salían en las noticias la imagen de un uniforme camuflado con un arma. Era “Tirofijo”, su toalla y su camuflado. O el “Mono Jojoy”, su boina y su camuflado. O una persona camuflada y armada. Pero la imagen del camuflado estaba presente en algún momento.

Luego aprendí que “esos que destruían el país” no sólo estaban en la selva, destruyendo pueblo o haciendo “pescas milagrosas” en la carretera. Entendí que las personas pueden “tener cara de guerrilleros”, “hablar como guerrilleros” o “pensar como guerrilleros”. En otras palabras que “hay gente guerrillera”. Y creo que en ese momento la idea en mi cabeza de guerrilla -como destructor, secuestrador y asesino- se desprendió de la imagen del uniforme; de Tirofijo con su toalla o del

Mono Jojoy y su boina negra. En otras palabras, no hay que tener uniforme para ser guerrillero. A partir de este momento se crea esa “sospecha inicial” sobre todo aquel que se conoce, atento a cualquier pista que ponga al descubierto al enemigo en nuestro interlocutor. Esa forma de medir y categorizar es una brutal marca que el conflicto armado en Colombia ha naturalizado en nuestras relaciones sociales. Y de esta “sospecha inicial” hemos sido tanto víctimas como victimarios. Señalar la sevicia con la que los paramilitares barrieron -ayudados de motosierras- regiones enteras del país es una excelente forma de confirmar la “sospecha inicial” de un buen número de interlocutores. La pregunta entonces es cómo podemos lograr bajar la guardia, destruir esa “sospecha inicial”, poder hablar abiertamente sin tratar de desenmascarar a nuestro interlocutor. La respuesta sólo puede estar en entender cuando nos hicieron entender que el enemigo se desligó del camuflado y se volvió uno de nosotros. El día cero de la “sospecha inicial”.

Esta investigación nace de una serie de eventos que permitieron que la pregunta sobre la *identidad del enemigo* se fuera configurando como un tema de investigación. Todo se remonta a una columna de opinión de Iván Cepeda<sup>2</sup> publicada en El Espectador el 17 de octubre de 2009. En ella, Cepeda menciona un artículo de José Miguel Narváez, titulado “Guerra Política como concepto de Guerra Integral”, publicado en la Revista de las Fuerzas Armadas. Cepeda menciona como Narváez fue asesor del gobierno de Álvaro Uribe en temas de seguridad, subdirector del DAS y como jefes paramilitares lo mencionan como instructor político de las AUC. Según el jefe paramilitar “Don Berna” a Narváez, “sólo le faltaba el brazalete (de las AUC)” (Cepeda, 2009). La referencia a este artículo despertó mi inquietud, pero me encontré que Cepeda no mencionaba la fecha del mismo. La única pista que daba era que “fue publicado a mediados de 1990”.

De esta forma fue que me di a la tarea de encontrar el artículo de Narváez, y para ello revisé una serie de números de la Revista de las Fuerzas Armadas en la década de los noventa. Y encontré el artículo de Narváez -número 162 de 1997-, quien, además, se desempeñaba por entonces como asesor editorial de tal publicación. Estos son algunos apartes del artículo de Narváez:

El trabajo de la subversión desarmada ha logrado en este proceso colombiano de conflicto interno más resultados en contra del Estado como un todo, que el trabajo del ente subversivo cargando fusiles y ametralladoras. Es aquí donde se encuentra el verdadero centro del conflicto (...) Fuimos

---

<sup>2</sup> Iván Cepeda Vargas ha sido una de las cabezas del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE). Su padre Iván Cepeda, fue un senador del partido Unión Patriótica, asesinado en agosto de 1994 en una alianza entre integrantes de las fuerzas armadas y paramilitares. En junio de 2010 el Estado colombiano fue condenado por la Corte Interamericana de Derechos Humanos por el asesinato del congresista de izquierda Iván Cepeda.

educados solo en una parte del gran todo que se llama la guerra irregular. Todos, militares y civiles crecimos pensando en neutralizar al “bandolerismo” a punta de machete y escopeta en manos de buena fe pero ingenuos del lado oscuro de la confrontación (Narváez, 1997: 15-16).

La clave de la subversión consiste en infiltrar estamentos altos de la clase política, de los medios de comunicación, académicos y sociales. En nuestro medio la ayuda recibida desde altos juristas, políticos, escritores, novelistas se combinan con organizaciones no gubernamentales que han presentado al país y al mundo estudios acerca del conflicto colombiano que no muestran las realidades del accionar de la delincuencia de las FARC y el ELN (Narváez, 1997: 22).

Al culminar el recorrido por algunas de las manifestaciones de subversión no armadas en nuestro medio, no queda menos que ratificar la necesidad de profundizar en el estudio de estos métodos de guerra no convencionales, de manera que como se ha visto existen múltiples mecanismos no armados que neutralizan los deseos de anarquizar lo que aún conservamos de valores (Narvaez, 1997: 24)

Pero también encontré una serie de artículos que abrían todo un panorama a explorar. En uno de esos artículos el general (r) Valencia Tovar señalaba componentes históricos que explicaban la “predisposición a la violencia” por parte de los colombianos; “está en su sangre española y aborígen con mezcla africana. De ahí que sea tan fácil inducirlos al sectarismo fanático, a la acción armada, a las vías de hecho para superar situaciones que podrían superarse razonablemente”(Valencia, 1997:6 ). Esta propensión a la violencia del colombiano, según Valencia, hace que “la responsabilidad de las autoridades y de los conductores políticos es tan alta en una sociedad más pasional que reflexiva, propensa a la reacción primaria y hoy rodeada de ambientes explosivos y accionada por fuerzas de ruptura social” (Valencia, 1997: 6). Y es que es la propia “dirigencia belicista e irresponsable” la que ha producido que la violencia se manifieste a través del “pueblo campesino, elemental y fanático” (Valencia, 1997: 9).

En otro artículo, “La Guerra Jurídica de la Subversión”, por Miguel Posada Samper, se menciona como “la subversión es un aparato mucho más amplio y complejo. La guerrilla es solamente su brazo armado. El no tener en cuenta esta realidad ha impedido que se formule una estrategia coherente de Estado en relación con el conflicto” (Posada Samper, 1997: 25). Posada además advierte que,

La subversión utiliza la falsa denuncia no solamente contra el personal de la Fuerza Pública sino contra cualquier colombiano que se oponga a su proyecto. El ciudadano es acusado de “paramilitar” y, para utilizar el término vernáculo, “empapelado” (...) El ataque también sirve para cortina de humo para ocultar los crímenes de la guerrilla. La subversión busca generar una situación de igualdad de culpas, con lo cual mejorar su posición en una eventual negociación de paz. (Posada Samper, 1997:25-30)

Indudablemente estas frases generan un impacto fuerte, más que todo porque estas afirmaciones se encuentran en la Revista de las Fuerzas Armadas, órgano oficial de difusión de la institución castrense; y más porque estas afirmaciones no están tan lejos en el tiempo. Además no se puede ignorar la dinámica del conflicto en los años ochenta y noventa cuando, paralelo a los ataques de la guerrilla, los grupos paramilitares realizan masacres de poblaciones enteras por acusarlos de ser auxiliares de la guerrilla. Así mismo, números defensores de derechos humanos y periodistas fueron asesinados por informar sobre las relaciones entre grupos paramilitares y Fuerzas Militares.

El siguiente paso en la investigación se dio, justamente, tratando de tomar un poco de distancia frente a estos artículos. En el caso en especial de José Miguel Narváez, no se trataba de entender cómo lo que *pensaba y escribía* podía estar relacionado con el asesinato de Jaime Garzón<sup>3</sup>, sino justamente entender por qué Narváez “pensaba justamente lo que pensaba”. Las acciones de estos sujetos se estructuran sobre unos discursos y unas estructuras mediante las cuales los sujetos organizan y legitiman sus acciones. El *enemigo* que veía Narváez para él era *lógico, obvio y estaba ahí delante de él*. La pregunta es qué logró hacer tan “obvio” al enemigo. En medio del conflicto armado todavía presente en Colombia tomar distancia para reflexionar sobre estructuras o representaciones resulta difícil. En cierto modo difícilmente podemos escapar de aquella frase que señala que en este país “no tenemos tiempo para lo fundamental por lo urgente”.

### **Guerra Fría, Doctrina de Seguridad Nacional, “militarización”: contextos y debates**

Para iniciar el acercamiento a cómo se configura el concepto de enemigo en el marco de la guerra contrainsurgente debemos entender el contexto global, regional y nacional en que surge este modelo de guerra, así como unos debates teóricos que surgen alrededor de la institución militar a nivel latinoamericano como a nivel nacional.

La producción sobre el estamento militar la podemos ubicar en dos grupos de literatura. El primero, a nivel regional, sobre las fuerzas armadas latinoamericanas; y el segundo, a nivel a nacional, específicamente sobre las fuerzas armadas colombiana. Esta literatura principalmente producida por politólogos, historiados y sociólogos; no surge de la nada, y emerge justamente de la mano de una transformación de las fuerzas armadas latinoamericanas, que resultó de la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría, en especial

---

<sup>3</sup> “José Miguel Narváez y el asesinato de Jaime Garzón” en Portal VerdadAbierta. 29 junio de 2010.

durante los años sesenta. Frente a esto hay que entender que, si bien la historia de las fuerzas armadas colombianas presenta unas características particulares frente a la de otros países latinoamericanos, ciertos elementos están claramente influenciados con los hechos globales y regionales.

La llegada de John F. Kennedy a la presidencia de Estados Unidos en los años sesenta representó un quiebre para las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica. Los abordajes de presidentes como Truman y Monroe, en que Latinoamérica fuera vista como una “región inestable”, y reducida en la geopolítica a un papel de “contención” frente a la agresión comunista, cambiaron con la llegada de Kennedy a la Oficina Oval. Estados Unidos pasó a ver en Latinoamérica una zona vital para los intereses estadounidenses. Este hecho no es gratuito. La revolución cubana en 1959 generó nerviosismo en el gobierno estadounidense, y dentro de los análisis militares se señalaba que la pérdida de cualquier territorio en Latinoamérica frente a los soviéticos, sería crítico. Por ello en 1961, con la llegada a la Presidencia de John Kennedy, se crea el programa que se bautizó La Alianza para el Progreso.

La Alianza para el Progreso se propone llevar a cabo un esfuerzo especial en el término de diez años para promover el desarrollo económico y social de la América Latina. El objetivo básico consiste en elevar la renta per cápita en un 2.5 por ciento anualmente y difundir ese aumento tan ampliamente como sea posible entre toda la población. Entre otros objetivos conexos se incluye mejor vivienda, mejor educación y reducción del analfabetismo, más altos niveles de sanidad y salud pública y la promoción de instituciones democráticas (Krause, 1963: 68).

Pero, paralelo a La Alianza para el Progreso, los Estados Unidos imponen - como parte del reparto en la responsabilidad de seguridad continental que a finalizada la Segunda Guerra Mundial- la misión a los países latinoamericanos de combatir el “enemigo interno”. En otras palabras, los países latinoamericanos serían los responsables de evitar y eliminar la posible infiltración de elementos del comunismo que operen en sus respectivos países. Estados Unidos se compromete, por el otro lado, a ser el responsable de la seguridad continental frente a un ataque extracontinental de los soviéticos.

Para realizar de esta responsabilidad de combatir el “enemigo interno”, el gobierno de los Estados Unidos impone en las Fuerzas Militares Latinoamericanas la Doctrina de Seguridad Nacional, que es una elaboración teórica que busca guiar a los ejércitos latinoamericanos en el desarrollo de la lucha contrainsurgente (Nieto Ortiz, 2004:13). La Doctrina de Seguridad Nacional es introducida

por medio de los pactos de cooperación militar que se dan a partir de 1961 y por medio de la Escuela de las Américas<sup>4</sup>, centro al cual militares y civiles latinoamericanas asistieron para intensos cursos en lucha antisubversivos. De esta forma para Estados Unidos el militar latinoamericano se convertía en su principal defensa contra el comunismo (Ianni, 1968: 518).

Así define el general (r) Álvaro Valencia Tovar esta transformación, “así ocurrió en los años sesenta, cuando el Estado Mayor del Ejército y la Escuela de Infantería generaron una nueva doctrina frente a las formas dispersas de lucha generadas por el auge guerrillero en el tercer mundo, secuela de la confrontación este-oeste. Se altero el énfasis académico puesto hasta entonces en la guerra convencional para asignar la máxima prioridad a las guerra fluidas”. (Valencia Tovar, 1998:12). Esto representó, que bajo el concepto de guerras fluidas- una interpretación en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional- la amenaza ya no viene de un enemigo que confrontar en el campo de batalla, sino de un enemigo que se infiltra en la población civil. “La tercera reforma militar del siglo, operada en el decenio de los sesenta, se caracterizó por la asunción de la ofensiva estratégica, en la cual se combinaron las operaciones propiamente de combate con las acciones psicológicas y civiles” (Valencia, 1998:12). En otras palabras, tanto el campo de batalla, como la imagen del enemigo, se desdibujan radicalmente, y convirtiendo cualquier espacio social en un potencial espacio de batalla contra la insurgencia.

El general Fernando Landazábal (Landazábal, 1982), señala la forma de proceder en el combate de este *enemigo difuso*,

Al iniciarse las actividades en cualquiera de los aspectos de la guerra revolucionaria, surge como imperativo categórico a primer orden en el planteamiento de las operaciones contra el enemigo, la definición del mismo, sin cuyo requisito es imposible iniciar cualquier clase de actividad antirrevolucionaria. Lo primero que hay que saber es contra quién se va a combatir, qué elementos enemigos están causando los daños presentes o han de causar los futuros; qué organizaciones los amparan; qué política los dirige; cuál es la razón de su lucha y dónde se encuentran localizados sus partidarios (...) La localización del enemigo exige el lleno de una serie de requisitos de diversa orden, a saber: establecimiento de un sistema de inteligencia competente y capaz (...); la separación clara y exacta de la población civil no comprometida en ella, la simpatizante y la que apoya en forma activa o pasiva (Landazábal, 1982: 155).

---

<sup>4</sup> En el caso de la relación de los militares colombianos con el ejército norteamericano, la relación entre ambos se puede rastrear hasta la 1950. En este año el Batallón de infantería No.1 Colombia, fue enviado a combatir en la Guerra de Corea, como parte del Ejército de las Naciones Unidas (a favor de Corea del Sur). En esta guerra combatieron personajes como el general (r) Alberto Ruiz Novoa, el general Fernando Landazábal Reyes, general Gabriel Puyana García y el general (r) Álvaro Valencia Tovar.



El general Landazábal señala que los militares no pueden reducir su tarea a entender la subversión como una organización armada, sino que se debe rastrear el brazo político de la misma. “La dirección política no puede interesarnos menos que la “militar” y una vez reconocida y determinada la tendencia hay la necesidad de ubicar la ideología que la anima plena y cabalmente para combatirla efectivamente” (Landazábal, 1982: 157).

Es exactamente en este contexto de los años sesenta en que inicia la aparición de una serie de golpes militares en todo el continente latinoamericano, situación que se incrementa en los sesenta y que finaliza a puertas de los años noventa. Iniciando con el golpe militar en Brasil, en 1964, siguió Uruguay, en 1973; Chile, en 1973; Perú, 1975; Argentina, en 1976; Ecuador, en 1976; El Salvador, 1979; Bolivia, en 1980. Diferentes autores entonces se concentraron en entender este fenómeno que poco a poco llenó a Latinoamérica de gobiernos militares. Este fenómeno pasó a denominarse bajo el nombre de las “nuevas dictaduras latinoamericanas”. Lo de “nuevas” se debió a que se creó un consenso en que existían unas características particulares frente a otros gobiernos militares en Latinoamérica. “En general, ha habido consenso para considerar que los regímenes militares instituidos durante los tres últimos lustros se diferencian de las dictaduras anteriormente existentes en la región. Las interpretaciones difieren, sin embargo, cuando se trata de precisar tal diferenciación” (García, 1981: 546).

Un punto en el que muchos autores coinciden es en que, en estas “nuevas dictaduras”, la Doctrina de Seguridad Nacional tenía un papel central, tanto en la planeación de la intervención de los militares en la arena política, así como en el ejercicio de gobierno que ellos realizan (Leal Buitrago, 2002). Pero algunos fueron un poco más allá, entendiendo que estas “nuevas dictaduras latinoamericanas” eran así mismo, dirigidas por unos “nuevos militares latinoamericanos”. Leal Buitrago señala a Luis A. Costa Pinto, en 1969, como el primer en identificar las “características fundamentales de la emergente racionalidad militar que más tarde se llamó Doctrina de Seguridad Nacional” (Leal Buitrago, 2002).

En este sentido, a la Doctrina de Seguridad Nacional no sólo se le señaló como productora de unas formaciones estatales particulares -Estado Militar<sup>5</sup>, Estado Contra-insurgente, Estado en proceso

---

<sup>5</sup> “El *Estado militar* representa, en el marco de la actual fase imperialista, la imposición coactiva del capital monopólico nacional y extranjero, mediante la ampliación de las funciones de las fuerzas armadas al conjunto del

de militarización o Estado de Seguridad Nacional (García, 1981: 551)- que pone como centro mismo del quehacer del Estado la lucha contrainsurgente. Además de esto, la misma Doctrina de Seguridad Nacional creó una “racionalidad” particular en una población particular, que tiene como mismo centro la lucha contrainsurgente. Esto es lo que se ha denominado el militarismo. “(La Doctrina de Seguridad Nacional) internalizada y hecha suya por las fuerzas armadas latinoamericanas, que la han reproducido como patrimonio académico de su “formación”, ha desembocado en el militarismo” (Velázquez Rivera, 2002: 16).

Diferentes trabajos se han realizado alrededor de la historia de la Doctrina de Seguridad Nacional (Velázquez Rivera, 2002; Leal Buitrago, 2002). Pero ¿qué es la Doctrina de Seguridad Nacional?

Esta doctrina se mostró como una síntesis de todas las ciencias humanas, capaz de ofrecer un programa completo de acción. Como una síntesis política, económica, social y de estrategia militar, ella cubrió todas las áreas de acción, desde el desarrollo económico, hasta la educación o la religión y determino los criterios fundamentales que debían ser tomados en cuenta para, de una manera integrada, proponer el afianzamiento del proceso para combatir al supuesto enemigo interno. (Velázquez Rivera, 2002: 12)

Con la Doctrina de Seguridad Nacional, las Fuerzas Militares recibieron el mandato de vigilar los intereses de la nación. Pero no sólo eso. Se les hizo el motor fundamental de desarrollo en Latinoamérica, así como la primera línea de defensa de la “democracia” contra el “comunismo internacional”. Estos autores señalan además, que la Doctrina de Seguridad Nacional no sólo ha permeado las instituciones militares latinoamericanas, sino que ha sido responsable de la “militarización” de la sociedad latinoamericana. En otras palabras, la militarización ha trascendido justamente las Fuerzas Armadas para insertarse en la población civil.

La Doctrina de Seguridad Nacional ha sido el mayor esfuerzo latinoamericano por militarizar el concepto de seguridad. Además, al ubicar el componente militar en el centro de la sociedad, trascendiendo las funciones castrenses, la Doctrina se convirtió en la ideología militar contemporánea de mayor impacto político en la región. (Leal Buitrago, 2002)

En una revisión a este primer grupo de literatura encontramos varios puntos a resaltar, como también una serie de vacíos. Esta literatura nos señala un punto muy interesante, como es el mismo contexto histórico para entender el surgimiento del “enemigo interno”, que se crea en el marco de un conocimiento que reciben las Fuerzas Armadas latinoamericanas para enfrentar la

---

Estado y su proyección sobre toda la sociedad, la aplicación a la lucha política de un enfoque militar de exterminio y la concertación internacional de la estrategia de contrainsurgencia” (García, 1981:551).

subversión comunista en sus respectivos países. Y en especial, nos señala como este “enemigo interno” moldean unas subjetividades que tienen como centro la lucha contrainsurgente. Los vacíos en este caso se dan, justamente, en identificar estas subjetividades que nacen de la lucha contrainsurgente, pero no avanzar en la misma comprensión de cómo operan y cuáles son esas representaciones del enemigo, “no definido ni localizado, pero latente y actuante” (Cesar Torres, 2000: 219).

Otro vacío en este primer grupo de literatura se da, principalmente, con ciertas categorías que se utilizan para el análisis. En este sentido categorías como militarización o militarismo funcionan en un plano teórico, de la mano de categorías como lo militar, Estado o sociedad civil; pero debe tenerse en cuenta que los límites entre ellos están marcados por prácticas y representaciones que naturalizan estos límites, pero los cuales debemos entender como construcciones sociales. En este punto hay que referirse a una corriente de la disciplina antropológica, como antropología del estado. Esta corriente de investigación se ha encargado de problematizar “el estado” como un concepto utilizado a priori, o como un objeto empírico (Sharma y Gupta, 2006: 8). En este sentido, resulta fundamental alejarse de la mistificación a la cual ha sido sometido el estado, “al ser concebido como una entidad substancial separada de la sociedad” (Abrams, 1988: 81), y entender que la pregunta no es por el estado, como un objeto monolítico y claramente delimitado, sino por las diferentes representaciones y experiencias que se producen alrededor de la idea del estado

Sobre el segundo grupo de literatura- alrededor de las Fuerzas Armadas colombianas- podemos señalar que hay dos temas sobre los cuales se configura esta producción, el proyecto de “profesionalización” de las Fuerzas Armadas y la necesidad de la “despolitización” de las Fuerzas Armadas. Ambos temas aportan elementos vitales para entender las tensiones que históricamente han existido entre el poder civil y la institución militar. Y en especial para esta investigación, nos aporta elementos para entender el impacto que la noción del enemigo contrainsurgente produjo en las relaciones entre Estado y Fuerzas Armadas.

El proyecto de “profesionalización” se presenta como el hito fundacional de las Fuerzas Armadas actuales (Pizarro Leongomez, 1987). El proceso de “profesionalización” inicia en 1907 cuando, el General “Rafael Uribe Uribe fue designado, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en

1905, ante los gobiernos de Chile, Brasil y Argentina, para estudiar la conformación de los ejércitos, y que terminó en la escogencia del modelo chileno para lo que sería la creación del ejército colombiano” (Pizarro Leongomez, 1987:32).

Esta idea de lograr una “profesionalización” de las fuerzas armadas se enfatiza en diferentes momentos como un elemento directamente relacionado en la búsqueda de un estamento militar “despolitizado”. Por esto justamente se da la escogencia del modelo chileno, a la vez copia del modelo del ejército prusiano, cuyo principio se encuentra en la subordinación del poder militar al poder civil. Pizarro Leongomez cita al oficial chileno, mayor Washington Montero, que señala que “la pasión política acaba con el compañerismo tan indispensable en los que vivimos en los cuarteles” (Pizarro Leongomez, 1987:32)<sup>6</sup>.

La idea de la “despolitización” de las Fuerzas Militares emerge en diferentes contextos, pero siempre lo hace para señalar lo mismo: la no-concreción del proyecto de “profesionalización”. Es así como la despolitización de las Fuerzas Militares se convierte en un tema de debate durante el periodo histórico de La Violencia (Pizarro Leongomez, 1987), en donde el Ejército y la Policía eran identificados como parte del aparato represivo de alguno de los partidos tradicionales.

Un nuevo llamado a la “despolitización” del estamento militar se da con la llegada del Frente Nacional, y en particular con la presidencia de Alberto Lleras Camargo en 1958. En este momento se produce una reconfiguración de las relaciones entre el Estado y las Fuerzas Militares, con la creación de una relativa autonomía castrense en lo que respecta al manejo del orden público (Leal Buitrago, 1994: 135; Rueda Sánchez, 2000: 102). Durante la presidencia de Alberto Lleras, y con el fin de evitar que de las Fuerzas Militares fueran utilizadas como parte de los intereses partidistas -como ocurrió en la época de La Violencia-, estableció que “así como ellos (los militares) no debían intervenir en asuntos partidistas, los políticos tampoco interferirían en materias militares” (Leal Buitrago, 1994: 134). En este sentido lo propio de los militares sería el manejo del orden público, un espacio en el cual el gobierno no tendría ninguna injerencia (ver también: Nieto Ortiz, 2004).

La relativa autonomía militar dada a partir de 1958 produjo un interesante dilema que perdura hasta el día de hoy. Este dilema plantea por un lado la subordinación que los militares deben tener

---

<sup>6</sup> Su modelo prusiano no impidió que en 1973 las mismas fuerzas armadas chilenas dieran un golpe de estado al presidente Salvador Allende al mando del general Alberto Pinochet.

frente al poder civil pero, a la vez, la autonomía que deben tener para realizar sus funciones. Este dilema es tan interesante porque da por hecho la autonomía como un elemento sin el que es imposible pensar el accionar de las Fuerzas Militares. Autonomía militar que de por sí, resulta incompatible con el proyecto de profesionalización puesto en marcha desde inicios del siglo XX.

Este grupo de literatura sobre las Fuerzas Armadas colombianas nos presenta un dilema muy interesante, al mostrarnos la tensión que ha surgido de la mano del desarrollo del estamento militar “profesional”. Lo cierto es que esta interesante discusión se realiza alrededor de unas categorías *a priori*, que muchas veces no dan cuenta de la complejidad. La misma categoría de “despolitización” de las Fuerzas Armadas resulta muy compleja, pues debe parte del supuesto de compartir una misma noción de lo que se considera político, tanto porque no existen interpretaciones sociales homogéneas, y más aun, entre grupos que puedan presentar una definición homogénea, la distancia histórica hacen que las nociones estén sujetas a ser reinterpretadas. La pregunta no es sobre sí las Fuerzas Armadas se “politizaron” o se “despolitizaron”. El punto es indagar sobre qué entendía por “político” en un momento histórico específico.

A pesar de las críticas que podríamos plantearle a estos debates, un punto que debemos señalar es la constante referencia a un momento histórico específico –el periodo entre 1978 y 1982- como lugar privilegiado para entender los debates frente a las Fuerzas Armadas. Leal Buitrago menciona como el modelo de lucha contrainsurgente se introduce en Colombia desde los años sesenta, pero es justamente con la llegada del Estatuto de Seguridad -decreto 1923 de 1978 promulgado al llegar a la presidencia Julio Cesar Turbay- que las Fuerzas Militares reciben facultades extraordinarias, fortaleciendo la autonomía militar para desarrollar la guerra contrainsurgente (Leal Buitrago, 1994: 149).

Cesar Torres del Rio menciona como el Estatuto de Seguridad de 1978, “era la culminación de un proceso de elaboración y expedición de una serie de medidas de excepción dirigidas a contener las protestas de sectores ciudadanos, sindicales y populares- el enemigo “no definido ni localizado, pero latente y actuante”-, y a enfrentar las guerrillas y las acciones terroristas” (Torres del Rio, 2000: 219). Daniel Pecaute menciona como estas medidas tomadas en el Estatuto de Seguridad, crearon una “extensión imprecisa de la noción de subversión que permite castigar con un año de prisión a los que “distribuyan propaganda subversiva”, exhiban en lugares públicos “textos o

dibujos ultrajantes o subversivos” o que “inciten a los ciudadanos a la revuelta” o a la “desobediencia a las autoridades” (Pecaut, 1989 321).

En este sentido, más allá del debate por la “profesionalización” o “politización” de las Fuerzas Armadas, encontramos en este periodo de 1978-1982 un punto histórico clave para entender las representaciones del enemigo. Es exactamente este punto el que debemos resaltar de esta literatura, al ubicar importancia del periodo de 1978-1982, como un periodo fundamental para acercarnos a la representación que desde las Fuerzas Armadas se ha hecho del enemigo insurgente. Un enemigo “no definido ni localizado, pero latente y actuante”, que ha sido abarcado comúnmente por este tipo de literatura como el “pretexto” por parte de las Fuerzas Armadas para ampliar su “autonomía”. Lo que propongo es justamente lo contrario, en este caso, lo que debemos entender es qué enemigo entendían las Fuerzas Armadas que estaban enfrentando, ya que es mediante la configuración de este enemigo particular que las Fuerzas Armadas sustentan como “necesaria” esta “autonomía”. En este sentido hay que entender justamente como el enemigo difuso -“no definido ni localizado, pero latente y actuante”- no es una expresión vacía, sino llena de significado, que se configura en prácticas y representaciones. La idea justamente es entender las lógicas con las cuales funciona esta idea de enemigo. Y es que la importancia de la representación enemigo difuso, ampliamente enunciado entre el periodo de 1978-1982, resulta clave para entender la dinámica del conflicto armado colombiano de 1982 hasta nuestros días.

### **Betancur, los diálogos de paz y los militares**

1982 es un año fundamental para la historia colombiana. Ese año Belisario Betancur del partido conservador, gana las elecciones a la presidencia con la promesa de la paz. Este giro resulta considerable, ya que los anteriores cuatro años de presidencia de Julio Cesar Turbay, de la mano de su ministro de guerra, general Luis Carlos Camacho Leyva, estuvieron marcados por la búsqueda de la “seguridad”. Pero los excesos cometidos por las Fuerzas Armadas durante los años de vigencia del Estatuto de Seguridad -y que llevaron a grandes escándalos sobre violaciones de Derechos Humanos por parte de los militares<sup>7</sup>- hicieron que durante la campaña electoral el tema

---

<sup>7</sup> Antonio Navarro Wolf, líder del M19, menciona como respecto a los excesos de las Fuerzas Armadas durante el periodo Turbay, “El ex presidente Calos Lleras Restrepo anotó públicamente en esos días que en Colombia había torturas leves, graves y mortales” (Navarro WOLF, Revista Consigna, Edición 485, pag 25 )

de paz fuera central. Este clima de búsqueda de la paz resultaba tan abrumador que, hasta para sorpresa de muchos, el 20 de junio de 1982 el presidente Turbay levanta el Estado de Sitio<sup>8</sup>, vigente desde la presidencia de López Michelsen (1974-1978) (Pecaut, 1989: 358). Betancur sube entonces al poder con la firme intención de iniciar acercamientos con los grupos guerrilleros con miras a firmar la paz. Estos acercamientos en 1982, son los primeros que un gobierno latinoamericano realiza con guerrillas, precediendo los procesos de negociación que se dan en Guatemala, Nicaragua o El Salvador. Sin embargo, estas negociaciones en Centroamérica lograron salir adelante, situación que no ocurrió en Colombia (Romero, 2003:8).

Pero el tono conciliador de Betancur no se limitó al diálogo con los grupos guerrilleros colombianos, sino que también se restablecieron las relaciones con Cuba, rotas desde el 23 de Marzo de 1981. Las relaciones entre los países se rompieron cuando el gobierno de Julio Cesar Turbay denunció que Cuba entrenaba y dotaba de armamento a miembros del M19. Betancur no sólo restableció las relaciones con la isla, sino que tomó la decisión de unir a Colombia al movimiento de países no-alineados, distanciando al país de sus tradicionales vínculos con Estados Unidos (Pecaut, 1989: 360).

Los diálogos de paz que lideró Betancur se desarrollaron con los distintos grupos guerrilleros de la época: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); el Movimiento 19 de abril (M-19); el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL). Pero la oposición a estos diálogos también fue grande. Misael Pastrana y Álvaro Gómez, dirigentes conservadores, ya “habían manifestado públicamente sus reticencias hacia las propuestas presentadas en mayo de 1982 por la Comisión Nacional de Paz y proclamando en muchas ocasiones su solidaridad con la acción de la Fuerza Armada” (Pecaut, 1989: 358). Así mismo, el drástico cambio que representó para las Fuerzas Armadas la llegada de Belisario Betancur a la presidencia, que “frenó y desautorizó la guerra antisubversiva (...) y despertó en los mandos militares el sentimiento de haber sido traicionados por la clase política” (Reyes Posada, 2008: 85). La oposición de los militares a los diálogos fue encabezada por el entonces Ministro de Defensa del presidente

---

<sup>8</sup> Navarro Wolf hace una reflexión sobre la presidencia de Turbay y su lucha contra el M19: “La inconformidad ciudadana y la propuesta de paz hecha por Jaime Bateman en nombre del M19 y desestimada por el Gobierno, generaron una opinión crecientemente negativa de Turbay, de modo que podría afirmarse que quien estuvo más cerca de derrotar al M19 fue – a su vez- casi derrotado políticamente por este movimiento. Sin duda, como lo midieron las encuestas de la época, en ese periodo el “Eme” alcanzó sus niveles más altos de popularidad” (Navarro Wolf, Antonio. Revista Consigna, Edición 485, pag 26).

Betancur, general Fernando Landazábal Reyes. El enfrentamiento entre el general Landazábal Reyes y el presidente Betancur terminó con la salida del Ministro, en 1984.

Laura Restrepo señala una entrevista concedida a la periodista Margarita Vidal, en enero 1984, por el entonces Ministro de Defensa, general Fernando Landazábal. “El ministro en ejercicio desautorizó de plano la política de paz del presidente, dejando saber que las Fuerzas Armadas no estaban dispuestas a acatarla”. Y cerró la entrevista con una frase, “El país se acostumbrará a escuchar a sus generales” (Restrepo, 1986: 58). A la semana de esta entrevista, el presidente Betancur y sus ministros fueron convocados a una reunión secreta con la cúpula militar. En ella, por medio de mapas, cifras y fotografías, se le comunicó al presidente que “había un *plan del comunismo para tomarse el poder en Colombia* y reafirmaban que, en consecuencia, las Fuerzas Armadas *no aceptan el cese al fuego, la tregua y/o la desmilitarización*” (Restrepo, 1986:59). Betancur evitó opinar sobre el tema en la reunión y les señaló a los altos mandos militares que conocerían su respuesta en una reunión programada en una semana. A los ocho días, en la reunión, Betancur les recordó a los militares la subordinación que el poder militar le debe al poder civil, citando un discurso del ex presidente Alberto Lleras en mayo de 1958, “el hecho de mantener (Las Fuerzas Armadas) alejadas de la deliberación política, no es un capricho de la Constitución sino una necesidad de sus funciones. Si deliberan, lo hacen con sus armas” (Pecaut,1989: pag 381) . Ese mismo día el general Landazábal presentó su renuncia al ministerio y fue reemplazado por el general Gustavo Matamorros D’Acosta

Y ¿por qué es importante 1982 en la dinámica de guerra colombiana<sup>9</sup>? Algunos investigadores (Romero, 2003; Reyes Posada, 2008) señalan esta desautorización de Betancur sobre el modelo de guerra contrainsurgente que desarrollaron las Fuerzas Armadas como uno de los factores determinante para la emergencia de fenómeno del paramilitarismo<sup>10</sup>. Reyes señala como,

---

<sup>9</sup> 1982 también es un año clave para las FARC ya que es en este año en que realizan la Séptima Conferencia, en donde hacen un replanteamiento de su accionar y trazan las directivas para expandirse por toda Colombia, creando frentes en sitios donde antes no tenía presencia militar.

<sup>10</sup> El primer momento en que se empieza a denunciar una alianza entre grupos paramilitares y miembros de las Fuerzas Armadas, es en febrero de 1983. En esta fecha se hace pública la investigación del entonces Procurador General, Carlos Jiménez Gómez, en donde aparecen los nombres de 163 personas acusadas de pertenecer al grupo paramilitar Muerte a Secuestradores (MAS). 59 de los individuos en la lista eran militares en servicio activo. La reacción no se hizo esperar por parte del entonces Ministro de Defensa, general Fernando Landazábal, quien señaló en un editorial de la Revista de las Fuerzas Armadas –reproducido luego en otros medios- que “ante las perspectivas del desdoro de su dignidad, podrían disponer su ánimo para una contienda de proporciones incalculables e imprevisibles que llevarían al país a una nueva fase de violencia” (Restrepo, 1986: 44).



Para eludir la desautorización oficial, los mandos militares pusieron en operación, en 1982, un plan destinado a crear autodefensas campesinas financiadas por los propietarios de las regiones más amenazadas por la guerrilla. De esa manera pudieron continuar la guerra, aunque de manera clandestina. A partir de entonces una parte de la estrategia militar se enfocó en dar apoyo y colaboración de manera encubierta con las campañas de exterminio de opositores políticos, líderes sociales y bases de apoyo de las guerrillas emprendidas por los grupos de autodefensas (Reyes Posada, 2008:85).

Mauricio Romero plantea cómo el origen del fenómeno paramilitar se puede rastrear a los diálogos de paz de 1982, en donde se presentan tres hechos claves para entender el surgimiento de estos grupos armados. El primero es la *polarización* que se presentan entre élites regionales y gobierno central por cuenta de los diálogos que Betancur buscaba adelantar con los grupos guerrilleros. El segundo es la *competencia* y se refiere al progresivo avance del narcotráfico, que con su exorbitante rentabilidad, terminó generando fuertes enfrentamientos entre narcotraficantes y guerrilla, ante la negativa de los primeros de seguir pagando el “gramaje”<sup>11</sup>. Y tercero, *fragmentación*, que se refiere al rechazo de ciertos sectores interior de las Fuerzas Armadas de las negociaciones de la gobierno con los distintos grupos guerrilleros (Romero, 2003:163). En el fenómeno de la *fragmentación*, la lógica del “enemigo de mi enemigo es mi amigo” llevó a que ciertos sectores de las Fuerzas Armadas encontraran en los grupos de vigilancia de los narcotraficantes, socios en la lucha contrainsurgente. “Las coincidencias entre narcotraficantes y sectores de la organización militar en la necesidad de una «limpieza política» con el fin de pacificar, en lugar de una política para reconciliar, fueron determinantes” (Romero, 2003: 52).

Y es que la *contrainsurgencia* no sólo se convierte en un modelo de lucha que abrazan los grupos paramilitares. La *contrainsurgencia* se convierte así mismo en una *identidad* sobre la cual buscan posicionarse estos grupos<sup>12</sup>. Romero menciona como uno de los primero grupos paramilitares en Colombia, las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), iniciaron su accionar justamente,

---

<sup>11</sup> “Gramaje”: impuesto que la guerrilla de las FARC cobra por el cultivo de coca.

<sup>12</sup> El ejemplo perfecto para retratar esto es historia de Puerto Boyacá, autodenominada “Capital Antisubversiva de Colombia” y “la experiencia paramilitar piloto” en Colombia (Vásquez, 2006:326).

Esta interiorización de la identidad paramilitar construida alrededor de la *contrainsurgencia* han llevado que los grupos neoparamilitares, como el de alias “Cuchillo”, escojan nombres como Ejército Revolucionario Popular Antisubversivo de Colombia (ERPAC). Este nombre, que en un primer nivel se presenta cómico y contradictorio, en un análisis a profundidad permite entender el alcance de la noción de “contrainsurgencia” como una parte fundamental de su configuración de la identidad paramilitar.

aterrorizando a lo que sus dirigentes llaman “los guerrilleros de civil”, población desarmada con diferentes tipos de relación con la guerrilla, sus planteamientos, o simplemente coincidentes con ésta en el campo de la oposición política y la movilización social: redes urbanas de apoyo, testaferros, simpatizantes, cotizantes forzados, activistas sociales y de derechos humanos, sindicalistas, opositores políticos, críticos del narcotráfico o pobladores de las áreas de influencia. (Romero, 2003: 119)

Reuniendo todo este gran contexto presentado, es necesario hacer algunas precisiones. Primero, que la pregunta por el enemigo contrainsurgente debe estar enmarcada en unos contextos históricos globales, regionales y nacionales. Las dinámicas de la Guerra Fría entre USA y USSR por el control global, generó que en Latinoamérica USA buscara unas transformaciones en las instituciones militares de la región con el fin de frenar el avance de la USSR en la zona. Estas transformaciones en las instituciones militares regionales fundamentalmente pasó por la integración del modelo de guerra contrainsurgente, lo que introdujo la noción de “enemigo interno” en las fuerzas armadas latinoamericanas. Las implicaciones políticas que trajo la interiorización del modelo de guerra contrainsurgente produjo números golpes de estado por parte de militares, hasta que a mediados de los años ochenta, gran parte de los países de la región estaban en manos de gobiernos militares. El énfasis de estos gobiernos militares en la guerra contrainsurgente llamó la atención de numerosos académicos que señalaron que de la interiorización del modelo contrainsurgente había generado una “nueva racionalidad del militar latinoamericano”. En el plano nacional, la aplicación del modelo contrainsurgente en Colombia y la cercanía con el Ejército norteamericano viene desde los años cincuenta en donde, en medio de la Guerra de Corea, se inician a crear lazos entre ambas instituciones, y sirven oficiales colombianos que desempeñarían un papel fundamental en los años sesenta, setenta y ochenta. La llegada del Frente Nacional en 1958 marcaría en Colombia un punto clave para la institución militar, por las nuevas relaciones que entre el Estado colombiano y la institución militar se planteaban. Es a partir de este momento que emerge lo que se conoce como “autonomía militar”, en donde los militares reciben la autonomía para tratar temas de “orden público” sin la intervención política. De la mano de esta “autonomía militar” crece entre los años sesenta y setenta el conflicto armado, y de la mano del modelo de guerra contrainsurgente, las fuerzas armadas colombiana empiezan a desempeñar su guerra contra un enemigo que se infiltra en todas las instituciones nacionales. Es de esta forma que entre 1978 y 1982, con la llegada de Julio Cesar Turbay a la Presidencia de la República, se le da autorización a las Fuerzas Armadas para

desempeñar abiertamente el modelo de guerra contrainsurgente, contra el enemigo “no definido ni localizado, pero latente y actuante”.

## **II. Del “cambio” al “orden”: el giro en el pensamiento de las Fuerzas Armadas**

En agosto de 1979, durante una mesa redonda realizada en el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), que tenía por motivo el tema de la justicia penal militar y la reforma judicial, se presentó una intervención del escritor y ex Procurador General de la Nación, Andrés Holguín, en que planteaba que, “la justicia penal militar está establecida por nuestra Constitución (art.170) para juzgar exclusivamente a los militares en servicio activo y por delitos relativos con el servicio; por lo cual resulta obviamente inconstitucional que los tribunales castrenses juzguen civiles o clérigos” (Comité Defensor de los Derechos Humanos,1980:161 ). Esta afirmación se refería a las atribuciones que las Fuerzas Armadas habían recibido en el marco del Estatuto de Seguridad para juzgar civiles por medio de la justicia militar. Pero específicamente Holguín llamaba la atención sobre el caso de dos sacerdotes jesuitas que recientemente habían sido privados de la libertad por los mandos castrenses por su presunta vinculación con sindicatos acusados del asesinato del ex ministro Pardo Buelvas.

Las declaraciones de Holguín generaron un comunicado de rechazo por parte de los mandos militares. Holguín, en respuesta al comunicado de las Fuerzas Armadas, señalaba,

No existe en el país una “subversión cultural” como dice un comentarista con palabras que acogen las Fuerzas Armadas. Pero si los intelectuales y poetas y artistas y catedráticos no estamos comprometidos, en bloque, en una supuesta revuelta, tampoco estamos dispuestos a callar o dejar de expresar nuestros conceptos públicamente. Representamos la conciencia viva del país, acaso la única públicamente vigilante. Y, en una democracia, lo más saludable es que las opiniones más diversas sean expuestas y ventiladas. Entre ellas las críticas a la manera como funciona la justicia militar, la violación de los derechos humanos y los casos de tortura que son, sin duda, una forma muy grave de desatar violencia (...) Empecé mi intervención, en ese foro, con una enfática condena de la subversión y de hechos tan deplorables y dramáticos como el infame asesinato del doctor Pardo Buelvas de modo que presentarme –en un exótico comunicado- como instigador de la subversión es simplemente absurdo. El país conoce mi trayectoria de jurista y de demócrata, incluso de escritor apolítico en un país saturado de politiquería; de modo que nadie va a creer lo que sugiere el comunicado oficial (...) Evidentemente, no se trata con intervenciones como la mía y tantas otras, de vulnerar el orden institucional o de “socavar la seguridad con fines inconfesables” como temerariamente afirma el comunicado de las Fuerzas Armadas al referirse a mis palabras. ¿Cuáles fines inconfesables? Yo reto a los autores del comunicado a que los revelen a la opinión pública (...) Como Prefecto de Seguridad después del 9 de abril, como Procurador General de la Nación durante el gobierno de Lleras Camargo, como ciudadano y escritor, he buscado siempre el bien del país. Ni he sido nunca ni soy comunista. Ni siquiera marxista teórico. Esto me ha permitido criticar por igual a la extrema derecha y a la extrema izquierda. ¿Desde qué ángulo? Simplemente como demócrata. Por lo cual resulta al menos paradójico que sean las Fuerzas Armadas las que

quieran darme lecciones de democracia y de civismo. (Holguín en Comité Defensor de los Derechos Humanos, 1980: 161- 163)

¿Cómo surge, y se respalda, una interpretación como la de que en Colombia existe una “subversión cultural”? ¿Cuándo los militares empiezan a formular el problema de la “subversión” en términos de un proceso “cultural”? Esto responde a la misma configuración del “pensamiento contrainsurgente”<sup>13</sup>, en donde el enemigo rebasa el campo de batalla y lo propiamente entendido militar. En este sentido, prestar detallada atención a las características culturales e históricas de la nación colombiana, brinda una ventaja fundamental para confrontar al enemigo. No es casual el interés por disciplinas como la antropología, etnología, la historia y la sociología empiezan a despertar en el “pensamiento contrainsurgente”. Este conocimiento sobre la misma naturaleza del colombiano permitiría- a sus ojos- prever, detectar e intervenir todas estas características locales que el enemigo capitaliza dentro de la interpretación del marxismo-leninismo según las condiciones particulares de Colombia.

Es de esta forma en que el pensamiento contrainsurgente realiza toda una lectura de la relación entre la configuración emocional de los colombiano y la configura de la nación colombiana, entendiendo la profunda retroalimentación que existe entre ambas. Para esta lectura se utiliza el lenguaje de las distintas ciencias sociales, y aunque los abordajes son diversos podemos identificar que todos estos apuntan a un fin muy específico, y es la pregunta que surge entre líneas en los distintos documentos, ¿es la violencia una condición inherente por parte de la población colombiana?

Pero en esta pregunta sobre la naturaleza de “violenta del colombiano” existe una ruptura en la interpretación que resulta fundamental para el pensamiento y acción de las Fuerzas Armadas. Esta ruptura principalmente se da con la profunda relectura que se le da a la definición de la relación “conflicto” y “subversión”, y se da por la prevalencia de ciertas escuelas o líneas, al interior de la institución armada que logran imponer sus interpretaciones mediante la obtención del poder. El mayor Gonzalo Bermúdez explica que, “por más verticalidad que exista en las fuerzas armadas y aunque esté vedada la deliberación a nivel de debate público, es imposible evitar que se

---

<sup>13</sup> El “pensamiento contrainsurgente” se entiende como el conocimiento construido alrededor de los presupuestos de la guerra contrainsurgente. Ver siguiente capítulo, *En la piel del enemigo: pensamiento contrainsurgente*.

conformen tendencias a todo tipo en su seno, las que se expresan tarde o temprano, especialmente en la jerarquía militar” (Bermúdez, 1982: 244). El hecho principal a señalar es como existe una transformación en el análisis de los fenómenos “subversivos” por medio del proceso de relevo en el mando de la institución militar. Pero ¿qué es lo que cambia en la interpretación del fenómeno “subversivo”? Para responder esta pregunta debemos iniciar refiriéndonos al general Alberto Ruiz Novoa, la cabeza de lo que se ha denominado como “línea desarrollista o reformista” en los militares.

### **Los desarrollistas vs Los tradicionalistas**

El general Ruiz Novoa es una figura central en la institución militar. Comandante del Ejército entre 1960-1962, Ministro de Guerra entre 1962-1965 y Comandante del Batallón Colombia en la Guerra de Corea. El general Ruiz Novoa además fue el creador del Plan Lazo, programa que introdujo la noción de operaciones cívico-militares en Colombia; que supuso la incursión militar en las “Repúblicas Independientes”, y que concluyó con la “Operación Soberanía” contra Marquetalia, en 1964. Siendo brigadier general en 1959, Ruiz Novoa fundó la Revista de las Fuerzas Armadas. Ruiz Novoa desempeñó además cargos públicos como Contralor General de la Nación entre 1953 y 1958. Después de su retiro de las Fuerzas Armadas, Ruiz Novoa fue candidato a la Presidencia de la República en 1966, en las cuales resultó ganador el candidato liberal Carlos Lleras Restrepo.

Pero la figura de Ruiz Novoa también resulta fundamental por los nuevos abordajes teóricos que introdujo a las Fuerzas Militares, y que se enmarcan en lo ocurrido a inicios de los años sesenta en Latinoamérica. Ruiz Novoa surgió exactamente en una generación en que se da el giro en las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica, y que la primera señala el “desarrollo” como una estrategia fundamental para luchar contra el comunismo que busca hacerse control del continente. Así mismo, Ruiz Novoa encarna la idea que surge de la mano de la Alianza por el Progreso, y que sitúa las instituciones militares latinoamericanas como motores del “desarrollo”. Ruiz Novoa menciona como al llegar a la comandancia del Ejército,

Esta labor nos llevó a hacer luz sobre la verdadera misión del Ejército que, en un país subdesarrollado como el nuestro, no cobija exclusivamente el concepto limitado de la defensa de la soberanía nacional y de las instituciones patrias, sino también – por extensión de estas misiones- la búsqueda del progreso de la Nación en beneficio de todos los colombianos. Lo cual solo puede ser posible mediante una autentica vinculación del Ejército con el Pueblo, no para el mantenimiento de un estado de cosas regresivo o estático, sino para la conquista de un futuro mejor (Ruiz Novoa, 1965: 33)

En este punto es que la relación entre “seguridad y desarrollo”, que llega hasta nuestros días, cobran vida. Y Ruiz Novoa, y otros militares a su alrededor, empiezan a interesarse en las ciencias sociales como una forma de abordaje “completo” del fenómeno “subversivo” que como militar combate. Señala Ruiz Novoa,

O buscamos la evolución de las estructuras por medio de una evolución pacífica, ojalá facilitada por la clase dirigente, o no habrá más recurso que apelar a los métodos revolucionarios, porque el pueblo colombiano está impaciente y no parece dispuesto a inclinarse indefinidamente ante el mito de una legalizada esclavitud que lo tiene sumido en la abyección espiritual y material (Ruiz Novoa, 1965: 13)

Fue justamente el compromiso que el general Ruiz Novoa tenía en la profunda relación que existía entre “desarrollo y seguridad” lo que en últimas terminó con su salida de la institución militar. Ruiz Novoa criticó abiertamente las estructuras sociales y económicas colombiana. Con estas palabras inicia el prologo de su libro *El Gran Desafío*, de 1965,

Es un lugar común afirmar que la democracia colombiana está en crisis. En realidad lo que ha sucedido –sin que la mayoría de la opinión pública nacional se haya dado cuenta-, es que el sistema llamado democrático ha venido evolucionando desde hace mucho tiempo. Que, mientras entre nosotros se ha mantenido un estancamiento político en beneficio de los miembros del “establishment”, en los países verdaderamente democráticos se ha venido cumpliendo una serie de reformas permanentes de las estructuras del Estado, en beneficio del progreso y del bienestar de la comunidad. Esta falta de conciencia política de la gran masa colombiana –y también de muchos sectores importantes de la clase media y alta-, es producto tanto del dominio que los miembros reaccionarios de las clases dirigentes han mantenido sobre los medios de difusión del pensamiento; como de una democracia formal que le ha dado al pueblo –políticamente ignorante- la ilusión de que goza de una libertad, cuando en realidad el sistema no conlleva ninguno de los beneficios materiales y espirituales que deben ser el propósito de un régimen verdaderamente inspirado en el mejor estar del pueblo (Ruiz Novoa, 1965: 11).

Las constantes declaraciones de Ruiz Novoa terminaron por crear tensiones con la otra línea al interior del Ejército, “los tradicionales”, que acusaban a Ruiz Novoa de “politizar” al ejercicio promoviendo la deliberación de los militares (Torres del Rio, 2010: 278). El general Gabriel Revéis Pizarro, cabeza de la línea “tradicional”, “encaró la acción y acusó a Ruiz Novoa de atentar contra la unidad del ejército y de conspirar contra Valencia junto con los dirigentes del paro nacional del 25 de enero” (Torres del Rio, 2010:279). La salida del general Ruiz Novoa por el supuesto plan golpista contra Valencia, supuso para muchos que retomaran este hecho, una de las traiciones más grandes<sup>14</sup> que se han fraguado al interior de la institución. El mayor Bermúdez señala “más

---

<sup>1414</sup> La salida de generales insignes en la historia colombiana han sido episodios polémicos. Algunas para señalar son la del general Matallana y el general Valencia Tovar en la presidencia de López Michelsen; la del general Landazabal en la presidencia de Betancur; y la salida del general Harold Bedoya en la presidencia de Samper.

virulenta que la de la clase dominante fue la acometida de los mismos mandos de las fuerzas armadas contra el general Ruiz Novoa, ya que por primera vez un oficial rompía la tradición de “imparcialidad” y de silencio de la institución militar; se necesitaba darle una clara lección a quien intentara secundarlo: se le retiró fulminantemente del ejército” (Bermúdez, 1982: 251). Así describe este evento el coronel (r) Luis Villamarín,

Consciente que sus limitadas neuronas y finiquitado techo profesional, jamás le permitirían igualar y mucho menos superar a un hombre de la talla de Ruiz Novoa, el entonces Comandante General de las Fuerzas Militares General Gabriel Rebéiz Pizarro, urdió una asqueante conjura con otros oficiales de insignia, y en pocos días generaron rumores de un inexistente golpe de cuartel encabezado por Ruiz Novoa, el cual ellos sabían que era falso, pero necesitaban difundirlo para provocar una desleal fractura institucional, sacar a Ruiz Novoa del camino y desde luego, ocupar los cargos que por capacidades personales, nunca hubieran podido desempeñar (Villamarín, 2010).

El discurso del “desarrollo” que encarna Ruiz Novoa merece ser analizado detenidamente bajo los argumentos que Arturo Escobar señala en su libro *La invención del tercer mundo* (Escobar, 1996), y en donde problematiza la idea del “subdesarrollo” que ha guiado la intervención sobre ciertos países latinoamericanos, africanos y asiáticos. Escobar señala que esta imagen de los “países subdesarrollados” surge a partir del discurso de posesión de Harry Truman en la presidencia de Estados Unidos en 1949, en donde señala “lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático” (Escobar, 1996: 19). Escobar señala que es a partir de este punto el discurso del desarrollo se expandió de tal manera que “en pocos años, recibió el respaldo universal de los poderosos” (Escobar, 1996: 19), abarcando en pocos años todos los lugares posibles del globo y de las discusiones. “Por doquier se encontraba la realidad omnipresente y reiterativa del desarrollo: gobiernos que diseñaban planes de desarrollo, instituciones que diseñaban planes de desarrollo (...) expertos en todo tipo estudiando el “subdesarrollo” y produciendo teorías *ad nauseam*” (Escobar, 1996: 22).

Escobar sostiene que el discurso del “desarrollo” ha sido “el agente principal y más ubicuo de la política de la representación y de la identidad de gran parte de Asia, África y América Latina en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial” (Escobar, 1996: 401). Esta representación, según Escobar, están ligadas a imágenes de estos territorios como fronteras extractivas para el capitalismo transnacional, pero también por la presencia en estos territorios de violencia y terror (Escobar, 1996: 401).



Un punto muy interesante que señala Escobar es como la “profesionalización del desarrollo” también permitió desplazar todos los problemas de los ámbitos políticos y culturales al campo más neutral de las ciencias. (Escobar,1996: 96). Esto nos explica justamente el lenguaje característico en el que Ruiz Novoa reflexionaba sobre los conflictos colombianos, en donde buscaba constantemente crear teorías para abordar esa “realidad” que el encontraba. Ruiz Novoa se puede por tanto se puede ver como pieza clave, siguiendo a Escobar, en la “institucionalización del desarrollo”. Este ultimo concepto se refiere a la “creación de un campo institucional desde el cual los discursos eran producidos, registrados, estabilizados, modificados y puestos en circulación” (Escobar,1996:97). En este caso, Ruiz Novoa, desde la creación y dirección de la Revista de las Fuerzas Armadas, hasta en su mismo papel como Comandante del Ejército y Ministro de Defensa, ocupó desde las cuales le permitieron ejercer la legitimación del discurso del desarrollo.

Lo cierto es que la salida de Ruiz Novoa transformó profundamente la institución militar, dándole la supremacía a la línea “tradicionalista”, que continuo con la lucha contrainsurgente alejándose de las tesis desarrollistas o reformistas que pudo postular el general Ruiz Novoa (Torres del Rio, 2010: 279). Esto supuso que la institución militar se distanció totalmente de la idea del “cambio social” defendida por Ruiz Novoa, y se centró principalmente sobre el “orden”. Este cambio de interpretación fue un giro radical, que como consecuencia primordial, resulta transformando la raíz misma de lo que la institución militar entendía como “conflicto”.

En un postulado de la “línea desarrollista”, el “conflicto” se presenta en nuestro país por las desigualdades sociales y económicas. Esta situación es aprovechada por la “subversión” para vincular a las masas populares. En este caso, de la mano de las acciones militares se deben realizar unos cambios y unas transformaciones que permitan arrebatarse a la “subversión” el monopolio sobre del discurso del “cambio” que entraña la idea de la “revolución”. En este caso en especial, “el conflicto” es entendido como una situación que, de resolverse y de solucionarse, no sólo se logrará impedir que la “subversión” se articule a través de el; sino que las fuerzas militares lograrán obtener la lealtad de la población civil, ficha clave en la confrontación contrainsurgente. La “línea desarrollista” es dispuesta a aceptar la noción de “conflicto” como propia de las dinámicas sociales, que debe ser resuelto, pero que en sí no representa una manifestación “subversiva”. Y la misma resolución de los “conflictos” pasa por la “justicia social”. Ruiz Novoa se refiere a este último punto,

Hoy, se respira en todas partes un anhelo de Justicia Social. Entre los hombres y entre las naciones.  
Las grandes potencias, aquellas que ha alcanzado un mayor desarrollo prometen ayuda

desinteresada a los países subdesarrollados o pobres, de la misma manera muchos ciudadanos que gracias a tradicionales familias o maniobras afortunadas detentan poder y fortuna, son pródigos en promesas para los semejantes que por no haber tenido las mismas oportunidades se encuentran sumidos en la miseria y en la ignorancia. Ejemplos sobresalientes de esta tendencia en la Alianza para el Progreso y el discurso del Presidente Kennedy en el Palacio de San Carlos, donde a la vez exigió a las clases dirigentes latinoamericanas asumir responsabilidades sociales comprometió todo el apoyo de los Estados Unidos a este Programa (Ruiz Novoa, 1965: 59).

Por otro lado, la “línea tradicional” plantea otra lectura sobre el “conflicto”. En este caso, la misma presencia del “conflicto” es leído como la misma manifestación del “enemigo”. Al “enemigo” no se le derrota mediante la transformación de las dinámicas sociales y económicas, pues justamente el “enemigo” lo que plantea es desequilibrar todas estas estructuras para obtener el triunfo. Es de esta forma que, el “conflicto” es justamente el “intento deliberado de desequilibrar el sistema”. Por ello, lo que debe prevalecer para derrotar al enemigo no es “arrebatarle la bandera del cambio” -como suponen los “desarrollistas”- sino la imposición del “orden”.

En este sentido hay que señalar que aunque estas dos líneas presenten y defiendan la estrecha relación entre “seguridad y desarrollo”, no se están refiriendo a lo mismo. El “desarrollo” que defiende Ruiz Novoa estaba estrechamente relacionado con el pensamiento de Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), sobre la transformación de los modelos productivos latinoamericanos, y crítico sobre la situación de dependencia en que se encontraban estos países frente otras economías desarrolladas. Ruiz Novoa, cuando ejercía como Contralor General de la Republica, participó como ponente en la Mesa Redonda de la CEPAL, en agosto de 1955. En su intervención sobre la necesidad de implementar planes para el desarrollo en los países subdesarrollados, retoma los informes de la CEPAL y de la Misión Currie, y concluye que,

Me parece, por lo tanto, en relación con la situación de la masa de población colombiana, que un programa de desarrollo económico, a la par que contemple medidas para la industrialización y el adelanto de la técnica y la producción agrícolas, debe considerarse en forma extensa el problema del hombre colombiano. Hay que elaborar proyectos definidos de habitación, higiene, instrucción artesanal e industrial, disciplina de trabajo, estímulos profesionales y luchas contra los vicios – muchas veces prohijados por el Estado- que aquejan a esta masa de nuestra población. Sin un pueblo sano, disciplinado, fuerte y buen trabajador, de nada nos valdrá el capital y las maquinarias, pues el elemento hombre es el que determina con su calidad el rendimiento y la duración de los equipos, y de su eficiencia de trabajo depende el éxito de la empresa de que forma parte (Ruiz Novoa, 1965:32).

Contrario a esto, la relación que los militares de la “línea tradicional” encuentran entre “desarrollo y seguridad”, se refiere a algo más pragmático, y es la misma financiación de la

institución militar. Como lo menciona en el editorial de la Revista de las Fuerzas Armadas el Estado Mayor, en el Boletín Estratégico denominado “Organización Básica de Defensa Nacional”, de 1978,

Desarrollo y Seguridad son interdependientes y constituyen elementos esenciales del bienestar de las naciones. De manera que una buena organización para la Defensa no podría dejar de atender a ese fundamental aspecto del desarrollo económico sin pecar gravemente contra su propio fin, la Seguridad. Esta condición aparece más evidente cuando se piensa en los altos costos que casi siempre tienen los programas de Seguridad, a los que solo podrá hacerse frente cuando se cuente con una sana y sólida economía. (Editorial, 1978: 229-235)

Pero en todas estas transformaciones existen también unas continuidades. Esta continuidad se da justamente con la idea que sentó “la línea desarrollista” de tomar las herramientas que brindan las ciencias sociales para entender la “subversión” desde una mirada compleja. La transformación justamente se da en aplicar este interés por disciplinas como la economía, la antropología y la historia, con la clara intención de entender “el problema del orden” que subyace en la nación colombiana. Un punto de inicio para entender esta aproximación es el interés que se desarrolla por el estudio del “folklore”, en contraposición de lo que sería la investigación sobre la “cultura”. Esta elección no es para nada irrelevante, y habla sobre una postura sobre la lectura que se hace de las dinámicas sociales. Como señala el coronel José Ignacio Rozo Carvajal, “en el mundo de la cultura algo se pierde, mucho se conserva y todo se transforma. Le corresponde al folklore asumir la permanencia del pasado” (Rozo Carvajal, 1981:420). En este caso la “cultura” es entendida dentro del marco del “conflicto”, en donde no hay una noción de equilibrio sino de constante redefinición de los significados. Desde el “folklore” sí se puede hablar de “orden” o “equilibrio”. Este tema del “folklore” está presente entonces en la forma en que se trata de abarcar las nuevas migraciones de población rural que llega a las ciudades, fenómeno que alcanzó su pico en la segunda mitad del siglo XX, no sólo en Colombia sino en toda Latinoamérica.

Toda la persona, todo asentamiento humano estable con un modo de vida organizado, todo pueblo histórico, inclusive todo arte o literatura vinculados con dicho pueblo, posee una especie de integridad reconocible. ¿Quién modifica esta realidad generacional que se transmite y parecía inmodificable? En el pasado: nadie ni nada; en el mundo moderno de hoy, la ciudad y su gigantismo. La diversidad de individuos y de clase que componen los grandes conglomerados humanos, la industrialización, las comunicaciones que lejos de emplearse para mantener la unidad nacional, muchas veces quieren imprimir de aquí y allá un sello extraño por el sólo hecho de ser manifestaciones de desarrollo positivistas, pero que siempre nos aleja más y más de los valores tradicionales (Rozo Carvajal, 1981: 422).

Esta idea del “folklore” y el recate de los “valores tradicionales” dista mucho de la mirada que el general Ruiz Novoa presentaba de las transformaciones que se daba en la población colombiana.

Pero los tiempos han cambiado. La amplitud y el alcance de los medios de comunicación han terminado el aislamiento de los obreros y de los campesinos analfabetas. Hoy, quienes hasta hace muy pocos años vivían en un estado de sumisión intelectual y material, comienzan a sacudir su ignorancia gracias a la conciencia que están adquiriendo de sus derechos, y de la posibilidad de hacerlos valederos. Como consecuencia de esta toma de conciencia de masas están desarrollando un sentimiento político nuevo que las lleva a rechazar las banderas con las que antaño fueron conducidos a inútiles sacrificios en los campos de batalla y que, en cambio, las impele a buscar caminos que las conduzcan a la liberación económica, a la cultura, a la seguridad social. Es decir, a la verdadera democracia. (Ruiz Novoa, 1965: 12).

### **El “problema del hombre colombiano”**

La interpretación sobre estos fenómenos marca también una pauta para su intervención. Estos mecanismos de “orden”, a nivel cultural, pueden representar una herramienta importante para la vigilancia y la seguridad. “La divulgación y el aprovechamiento del folk requieren políticas que se ajusten a los legítimos intereses nacionales” (Rozo Carvajal, 1981: 426). Y la misma formulación del “orden” se configura en la “unidad”, y esto se entiende que se puede modelar a través del “folk”. “Lo que más interesa para alimentar el concepto de sociedad Folk es el conjunto de supervivencias que convierten en pueblo a un grupo humano” (Rozo Carvajal, 1981: 425)

Una lectura completamente distinta se da sobre lo que se denomina “el problema del hombre colombiano”. Para Ruiz Novoa,

al hablar del desarrollo económico no es posible dejar de mencionar el problema del hombre colombiano. Hemos visto en primer término que una de las características de los países subdesarrollados que es aplicable a Colombia en forma extensa, es la correspondiente al problema del hombre en sus aspectos de analfabetismo, poca instrucción técnica, atención médica, deficiente provisión de alimentos de protección, poco ingreso per capital, etc. (Ruiz Novoa, 1965: 29).

Vemos, en cambio, que en un periodo como el que va de 1978 a 1982, hay una serie de artículos en la Revista de las Fuerzas Armadas que presenta el “problema del hombre colombiano” de una forma totalmente distinta. En esta nueva interpretación, el “problema del hombre colombiano” se centra en su *configuración emocional* – “pasional y violenta” - que inevitablemente terminó reflejándose sobre la configuración del estado-nación colombiano, a merced de los “caprichos” de los individuos. Esta *configuración emocional* ha resultado en la creación de un Estado débil, que ha sido incapaz de obtener la “Unidad”. Como lo señala el teniente coronel José Roberto Ibáñez,

Desafortunadamente, las circunstancias económicas y sociales en las cuales se gestó y desarrolló el mestizaje durante siglos de conquista y colonia, así como las orientaciones filosóficas políticas del siglo XVIII, que dieron como fruto la independencia, suscitaban encontrados criterios valorativos de

nuestros ancestros, manifestados a través de una tropical inconformidad que, desde luego no corresponde a la realidad del proceso histórico y en cambio sí entorpecen y desvían la unidad de acción, tan necesaria para la proyección universal de nuestro pueblo (Ibáñez, 1978: 204).

En esta relectura de la historia colombiana que proponen estos militares, no podemos dejar de lado que esta misma está siendo elaborada sobre la clave del “orden”. La historia se escribe desde un “presente” que no es neutro, y su escritura debe entenderse como un ejercicio de poder, en que se busca la imposición de una determinada interpretación de los sucesos históricos. El “problema del hombre colombiano” inicia entonces con el periodo de la conquista, en el cual se produce el contacto entre españoles e indígenas.

El alma nacional no surgió sólo como fruto del cambio político en la vida del país a raíz de la emancipación, pues, para entonces, se encontraba en plena madurez luego de tres siglos de armónico desarrollo étnico cultural, gestado desde el descubrimiento y conquista de Tierra Firme o mejor del Nuevo Reino de Granada. De tal suerte, la imagen guerrera de Colombia se remonta a los singulares momentos de nacimiento y formación de nuestra nacionalidad (Ibáñez, 1978: 203).

En esta lectura, el origen mismo de la nacionalidad colombiana se sustenta sobre “el mestizaje, la realidad incontrovertible sobre la que se sustenta y proyecta el alma colombiana” (Ibáñez, 1978: 204). Y justamente Ibáñez rescata la labor de España, en este proyecto, “es justo reconocer la labor unificadora de España, que mediante una superposición cultural, logró aglutinarlos (los pueblos indígenas), demostrando ser la nación mas preparada en el momento histórico para la magna empresa del nuevo mundo” (Ibáñez, 1978: 205). Frente a la “leyenda negra de España” señala, que surge como “fruto del racionalismo europeo, no ha pasado de ser una leyenda con poco asidero histórico, fruto más de la pasión que de la investigación” (Ibáñez, 1978: 205). Ibáñez, aclara que la razón por la cual España exterminó indígenas fue porque, en sus primeras expediciones, se encontraron “con feroces antropófagos y aguerridos pueblos caribes de las Antillas”, pero que esto no ocurrió cuando se encontraron con “pueblos como los aztecas, incas o chibchas, cuyo desarrollo social-cultural ofreció necesariamente menos resistencia a la nueva civilización” (Ibáñez, 1978: 205).

Es de esta forma en que podemos entender como, en esta lectura del “mestizaje como origen de la nacionalidad colombiana” existe la necesidad de establecer un “orden” dentro de este proyecto. Este es el papel que juega España en esta lectura de la historia, un papel de “sobreposición” sobre las culturas indígenas. De esta forma, España se configura como un “filtro” que permitió decantar “lo mejor de estas culturas”, y todo en un “armónico desarrollo étnico cultural”. La violencia – como fue el exterminio de los “feroces antropófagos y pueblos caribes”- se debió a la

imposibilidad de lograr que estos pueblos se integraran al proyecto español, como lo es el “mestizaje”. Es así como podemos leer la noción de “orden” que se encuentra al interior de esta lectura del “mestizaje”, que elimina todo el cuerpo de tensiones y conflictos que se desarrolla en una sociedad como la colonial, claramente marcada por las diferencias económicas y políticas entre individuos pertenecientes a los distintos grupos sociales. Es de esta forma en que se hace la lectura que, desde los orígenes de la nación colombiana, el “conflicto” ha resultado como un factor externo, no inserto en las lógicas “armónicas” del mestizaje. Esta misma ambigüedad sobre el proyecto de “mestizaje” se puede entender sobre la mirada que Ibáñez da sobre el papel de los pueblos indígenas dentro del proceso histórico latinoamericano,

En primer lugar, el romántico anhelo de sublimar al indio hasta colocarlo por encima del hombre civilizado, es un contrasentido para la misma obra civilizadora del aborigen, pues de ser así, no habría para que empeñarse en sacarlos de su estado primitivo. En segundo lugar, carece de sentido relegar culturas como la maya, azteca, inca o chibcha, portadoras de valores técnicos, científicos y culturales, amén de magníficas expresiones artísticas y religiosas que, dentro del desarrollo histórico de la humanidad, de hecho están colocadas en el plano de Culturas Superiores (Ibáñez, 1978: 205).

Se puede decir que la ruptura, que en esta lectura se hace del “armonioso proceso de mestizaje”, tiene que ver con el proceso de independencia, y se relaciona principalmente con el hecho de entender el proyecto de nación colombiana desde otro marco, como es las distintas Constituciones Políticas que han tenido vigencia en Colombia. En ellas se expresan el proyecto de nación que el “mestizaje” inauguró. Pero estas constituciones han tenido grandes problemas en sus formulaciones, ya que en esta organización del proyecto de nación – como es la constitución política de un país- se ha ignorado totalmente la *configuración emocional* del pueblo colombiano, propenso a la *pasión* y el *egoísmo*, lo que ha significado la imposibilidad de alcanzar la “Unidad”. Como lo expresa el coronel Alberto Andrade Anaya, en su texto “Cronología de Nuestro Derechos Constitucional”,

Instituciones anglosajonas fueron copiadas para que nos guiaran de la misma manera que lo habían hecho en Inglaterra o en los Estados Unidos de Norteamérica, y la Revolución Americana quiso cumplirse al impulso de los mismos principios que se habían consagrado en la Revolución Francesa.

Era apenas elemental entonces, que a diferencia de aquellas naciones, en la nuestra el experimento no funcionara. Y así por ejemplo, mientras las antiguas colonias de Norteamérica se fundían en una sola Confederación y se consolidaban en la que iba a ser la gran nación del Norte, entre nosotros las luchas internas daban al traste el ambicioso experimento de la Gran Colombia, y permitía que en lugar de esa vocación por las cosas grandes que caracterizaron los cincuenta años de la Historia Norteamericana, aquí nuestros caudillos prefirieran unas republiquetas en las que pudieran tener figuración aunque empedecida y localista (Andrade Anaya, 1978: 265).

Andrade Anaya narra la emergencia de la Constitución Política de 1832, la cual no contó con los suficientes elementos para enfrentar la guerra civil de 1839. “El gobierno no se encontró con suficientes elementos. El secretario de Interior se quejaba en su memorial al congreso “La nación ha visto al gobierno en la pasada crisis, la imposibilidad de defenderse, resignado a parecer abrazado a la constitución misma...”(Andrade Anaya, 1978:267).Luego, refiriéndose a la libertad de cultos que proclamaba la Constitución de 1853, “dicho en el enunciado de la Constitución, parecería hermoso. Pero dada la idiosincrasia pasional de nuestro pueblo y su tradición histórica, el hecho condujo a las mayores exacerbaciones. Porque además se estableció el matrimonio civil contra lo ordenado por la iglesia. Y se consagró la separación entre Iglesia y Estado” (Andrade Anaya, 1978: 269-270). Frente a la Constitución de 1858, que promulgó por el federalismo, señala que,

para la inmadurez de nuestro pueblo, para su idiosincrasia díscola y para el grado de su cultura, nunca fue bueno el exceso de libertad. La centralización de mando político arrojó siempre mayores beneficios, y era lógico que así fuera, porque la descentralización significaba la dispersión de los esfuerzos, los celos y las vanidades de los jefes de provincia y la tendencia a prevalecer cada vez más la pequeñez lugareña (Andrade Anaya, 1978:271).

Anaya menciona como la Constitución que impuso Mosquera en 1863, fue realizada “únicamente por representantes del Partido Liberal, y se impuso el criterio del llamado Radicalismo, que era más que una posición ideológica, una sentimental y romántica; que legislaba para el deber ser idealista, muy lejos de la bronca realidad de nuestro pueblo” (Andrade Anaya, 1978: 272). Andrade Anaya señala que, si “alguna vez se pecó de inautenticidad, fue precisamente en este (Constitución de 1863), cuando no sólo se consagraron libertades exageradas para un pueblo primitivo y tropical, como este, sino que se hizo una permanente exaltación de valores ajenos a los nuestros” (Andrade Anaya, 1978:272). Andrade Anaya encuentra una causa muy particular para el fracaso de los planteamientos de esta constitución, y se debe a que los autores que influyeron a los constituyentes eran extranjeros. “La literatura era importada de Europa y las bibliotecas de los que se decían estudiosos de estos temas se atestaban de nombres extranjeros que predicaban la nueva filosofía de la democracia. Desde luego quisimos con nuestro tropicalismo, ser mas radicales, en las libertades de la organización social, que los mismos autores de aquellos principios” (Andrade Anaya, 1978: 272). Otro de los puntos que señala como razones del fracaso de la Constitución de 1863, fue que los constituyentes no tenían la posibilidad de recorrer el país de “aproximarse a su realidad”.

Tal vez la falta de vías de comunicación impedían viajar por el país y conocerlo; y en la medida de ese conocimiento comprenderlo. Por eso nos enamoramos de lo más fácil, que era descubrir el mundo a través de los libros. Y como los libros no se imprimían aquí, con temas nacionales, saciábamos nuestra curiosidad con los que la moda de la época, que nos venía de afuera (...) Aquellas lecturas, como era natural, colocaba a nuestros intelectuales en un mundo de fantasía; y como su imaginación era efervescente se vertía en escritos caleidoscópicos y en discursos tormentosos y apasionados, que a falta de otro escape hacían el espectáculo de la política lugareña y de la Nacional (...) (por eso) el país vivió en continua desazón y en frecuentes guerras internas (...) Podían más la pasión empenachada de los boyacenses o los santandereanos o los caucanos que gobernaban a Colombia” (Andrade Anaya, 1978: 272)

Frente a este texto del coronel Andrade Anaya hay que señalar dos puntos. La primera, la idea de la existencia de una determinada *configuración emocional* de la población colombiana, “pasional”, “díscola”, “primitiva” y “tropical”. Esta *configuración emocional* resulta fundamental para explicar el elemento por el cual no han funcionado las instituciones que se han copiado de otras latitudes.

Entonces, las Constituciones Políticas en Colombia desde el siglo XIX han fracasado al no intervenir directamente en esta *configuración emocional de los colombianos*, estableciendo un “orden” que cree la “unidad”, y a su vez permita, emular el “desarrollo” de otros países. Es en este marco que la noción de “orden” entra a entenderse en su verdadera dimensión, como una completa relectura de la historia colombiana. En este abordaje el “problema del hombre colombiano” es su incapacidad de lograr el “orden”. Por tanto, todo tipo de manifestación que altere el “orden”, y por ende, afecte la “unidad”, es un atentado contra el “desarrollo” del país.

De esta forma señalamos como la noción de “orden” se convierte en una clave de interpretación para leer la historia y las dinámicas sociales colombianas. En la orientación que marca el “orden” nociones como “conflicto” desaparecen, y más bien se transforman en *configuraciones emocionales del pueblo colombiano*, en donde existe un rechazo al “orden” que a la vez estructura la “unidad”, esperanza sobre la cual descansa el “desarrollo”.

En resumen, debemos señalar como el “pensamiento contrainsurgente” desde el principio entendió que su objeto –el enemigo– debía ser entendido más allá del campo de batalla, integrando en su reflexión elementos como la cultura y la historia. Debemos señalar así mismo que esta reflexión se sitúa en dos momentos. El primero, en la línea del general Ruiz Novoa, en cabeza de la escuela de Los desarrollistas, a inicios de los años sesenta, y con un claro énfasis en el



“cambio” de las estructuras socioeconómicas como la forma más eficiente de combatir la subversión. En un segundo momento, y con la salida del poder de la institución militar de los miembros de la escuela de Los desarrollista, se imponen Los tradicionalistas, que centran su reflexión sobre el fenómeno subversivo alrededor del problema del “orden”. Este último enfoque reformuló radicalmente la posición de las fuerzas armadas frente al “cambio”, ubicando cualquier tipo de transformación en una forma de “desequilibrio” que favorecería los intereses de la subversión.

Tras la llegada de la escuela de Los tradicionales en el poder de la institución militar, y en el marco del enfoque sobre el “orden” como centro del pensamiento contrainsurgente, se reflexionó sobre la configuración emocional de los colombianos como un punto clave para entender la misma “esencia” del conflicto armado colombiano. Bajo esta mirada, sobre la configuración emocional de los colombianos, propensa a la “pasional” y “egoísta”, es que el enemigo se estructura, creciendo e impidiendo la plena solución del problema subversivo por parte de las fuerzas armadas.

### **III. El pensamiento contrainsurgente (1978-1982)**

Al llegar a la presidencia de Julio Cesar Turbay, en 1978, la situación social en Colombia estaba fuertemente convulsionada. Los años de gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1978) habían sido de grandes tensión en distintos ámbitos de la vida nacional. Las crecientes protestas sociales, los movimientos estudiantiles, la emergencia del narcotráfico y las rupturas al interior de las Fuerzas Armadas son algunos hechos importantes a resaltar.

Primero que todo, el narcotráfico empezó su aparición desde inicios de los años setenta, con “bonanza marimbera”; y sus dineros empezaban a llegar de la mano de la bonanza cafetera, sin que existiera una forma de dividir estos dos flujos de capital. Cálculos señalan que la famosas “ventanilla siniestra” -que durante la presidencia de López Michelsen existió en el Banco de la Republica para cambiar dólares sin hacer preguntas sobre el origen de tales divisas- recibió cerca de 600 millones de dólares en esos cuatro años (Torres del Rio, 2010:330).

El crecimiento del narcotráfico continuó durante el gobierno de Turbay, y en 1981, en Colombia se estimaba que están sembradas unas 10 mil hectáreas de mariguana. Entre 1979 y 1980, la Operación Fulminante, fue una las primeras grandes operaciones contra el narcotráfico, y en ella participaron unos 10 mil soldados de la Segunda Brigada del Ejército. Pero el resultado de esta operación fue que los cultivos se trasladaron entonces a áreas más remotas y de difícil acceso para las Fuerzas Armadas (Torres del Rio,2010: 341).

Entre 1974-1978 el crecimiento del sindicalismo colombiano hace que en 1975 se presenten 109 huelgas; en 1976, unas 58 huelgas; y en 1977,93 huelgas (Pecaut, 1989:307). Este punto de la movilización social tuvo su pico en la huelga general del 14 de septiembre de 1977; que el entonces ministro de agricultura, Rafael Pardo Buelvas calificó de “subversivo y político” (Pecaut, 1989:309). La huelga general fue conflictiva por los enfrentamientos con la Fuerzas Pública y “la represión es tan fuerte que la CIOSL y la ORIT acusan públicamente al gobierno colombiano de “reaccionario”” (Pecaut,1989: 310.). Alfredo Vásquez Carrizosa, presidente del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, señaló que, “el paro cívico del 14 de

septiembre de 1977 por sus proyecciones políticas, económicas y sociales, lo mismo que por la represión a que dio lugar por parte de las Fuerzas Militares puede señalarse como el hecho determinante de nuevas actitudes del estamento militar en Colombia, que llevan a la expedición del estatuto de seguridad” (Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, 1980: 13).

Pero las manifestaciones estudiantiles también están en su pico. En abril de 1976, el Ejército entra a la Universidad Nacional sin la autorización presidencial. “En esta ocasión, el general Camacho Leyva, sin consultar con el gobierno, da la consigna de “usar las armas” si la tropa es atacada y añade “No podemos confundir la prudencia con la debilidad” (Pecaut, 1989:300) .

Otro hecho importante son las tensiones que se manifiestan al interior de las Fuerzas Armadas durante este periodo. Estas tensiones se producen por el mantenimiento del general Abraham Varón Valencia, quien por antigüedad debió pasar a la reserva en 1975, pero aún así se mantuvo, hasta finalizar la presidencia de López Michelsen, como Ministro de Defensa. El mantenimiento de Varón Valencia produjo que en 1975 se diera de baja al general Valencia Tovar y, luego en 1977, al general Matallana. Además de esto el general Gabriel Puyana García, en ese momento Inspector general de las Fuerza Armadas fue obligado a presentar su renuncia. La renuncia de estos tres conocidos generales, se debió a los abiertos desacuerdos que se presentaron con el general Varón Valencia. El general Puyana García en su carta de renuncia, publicada el 29 de mayo de 1975, señala que “no podemos sentirnos solidarios de quienes se preocupan únicamente por obtener prebendas en el camino interminable de las deslealtades” (Pecaut, 1989: 298). El general Valencia Tovar, por el otro lado, señala en el diario El Tiempo en febrero de 1976, que “es de extrema gravedad que las Fuerzas Armadas de Colombia o algunos de sus miembros puedan ser sospechosos de indelicadezas” (Pecaut, 1989:298).

Estas rupturas no sólo se dieron al interior del Ejército, sino también entre el gobierno y las fuerzas militares. En una carta que firmaron una serie de coroneles y generales de la reserva con motivo de la salida del general Matallana, a quien presentan como “garante moral” frente a la corrupción que empieza a infiltrar al Ejército. Los militares en reserva señalan que “el enriquecimiento ilícito y la banalidad corran las bases de la sociedad sin que se dé buen ejemplo en los niveles más altos del gobierno” (Pecaut, 1989: 299). Los generales activos, en cabeza del

comandante general de las Fuerzas Armadas, general Camacho Leyva<sup>15</sup>, firman una carta en la cual denuncian una campaña en contra de la institución militar, “una de las pocas que en nuestra opinión quedan en la República con capacidad de mantener su integridad”. En esta carta también piden al gobierno tomar medidas extraoficiales para asegurar la tranquilidad. “Hemos resuelto nuevamente solicitar al gobierno que adopte, por procedimiento de emergencia, medidas suplementarias eficaces para garantizar a la institución militar y a sus miembros el honor al que tienen derecho y a los ciudadanos la seguridad que necesitan” (Pecaut, 1989: 300).

Es de esta forma en que se crea el marco para que en 1978, con la llegada de Julio Cesar Turbay Ayala a la presidencia, se expida el Decreto de Excepción 1923 sobre seguridad del Estado o Estatuto de Seguridad, que permite a las Fuerzas Militares desarrollar una completa implementación de la *guerra contrainsurgente*.

El decreto 1923 creó nuevas figuras penales, aumento las sanciones, permitió el juzgamiento de los civiles por los militares, ratificó las facultades extraordinarias judiciales para las autoridades locales (alcaldes y policías), estableció mecanismos de censura para las radiodifusiones y la televisión, y negó la segunda instancia para las sentencias de los comandantes del ejército, Marina y la Fuerzas Aérea (Torres del Rio, 2000: 219)

Una semana después de la proclama del Estatuto de Seguridad, se produce el asesinato de dos conocidos políticos. El primero fue el ex gobernador de Caldas, Germán Mejía Duque. Luego fue asesinado, el ex ministro Rafael Pardo Buelvas. Este segundo asesinato fue reivindicado por el Movimiento de Autodefensa Obrera (MAO), y según este grupo se debía a la responsabilidad del ex ministro en el mantenimiento del orden durante la huelga general de 1977 (Pecaut, 1989:321).

Esta tensión crece cuando el 3 de enero de 1979 se enteran los militares que el M-19 logró robar del Cantón Norte más de siete mil armas. La reacción de los militares al robo de las armas del Cantón Norte fue, “miles de personas detenidas e interrogadas y algunas torturadas. Dos cientos dirigentes y cuadros fueron a las cárceles y se les iniciaron juicios castrenses por parte de tribunales militares” (Pardo Rueda, 2004: 461). Los excesos de fuerza las Fuerzas Militares fueron criticados abiertamente por distintos organismos internacionales y la prensa. Medios como El Espectador empezaron a denunciar los métodos de interrogatorio utilizados por la Brigada de Institutos Militares (BIM). Los partidos conservador y liberal, lo mismo que los otros grandes

---

<sup>15</sup> El general Camacho Leyva pasaría durante la presidencia de Turbay (1978-1982) a ocupar el Ministerio de Defensa.

medios y gremios económicos guardaron silencio frente a estos excesos de los militares (Pecaut, 1989:323). Las críticas contra los excesos se dan hasta por parte de reconocidos militares en retiro. En una entrevista concedida a la revista Alternativa el 12 de febrero de 1979, el general Matallana señala que, “nunca he estado de acuerdo con que aumente el papel de las fuerzas militares en la marca de la nación”. Señala además que la asignación de responsabilidades que no le corresponden a las Fuerzas Armadas, “ha conducido a una interpretación errada de lo que son las disposiciones de la institución militar hacia el pueblo” (Pecaut, 1989:324-325).

Es por estos excesos que el tema de la defensa de los Derechos Humanos empieza a ganar un espacio en la agenda pública. En marzo de 1979 se realiza en Bogotá el Primer Foro por los Derechos Humanos y Democráticos, que sirvió como punto culminante de una serie de foros realizados a nivel regional. El Foro fue presidido por Alfredo Vázquez Carrizosa, conservador, ex embajador ante la OEA y canciller del gobierno de Misael Pastrana Borrero (Torres del Rio, 2010: 343). Entre los organizadores también estaban el liberal Apolinar Díaz Callejas (Pecaut, 1989:324). Vázquez Carrizosa señalaba que, “el Estatuto de Seguridad, implantado en 1978 en los comienzos de la administración Turbay, es el reflejo tardío del fascismo dependiente que ha prevalecido en América Latina desde 1964, con la doctrina brasilera de la seguridad nacional” (Comité Permanente por la defensa de los Derechos humanos, 1980:9).

En 1980 se realizó el Segundo Foro, y en él se cuestionó la justicia penal militar, que en los años de vigencia del Estatuto de Seguridad había tenido la potestad para condenar, en consejos de guerra, a miembros de grupos guerrilleros.

Se le cuestionó haber suprimido la lectura de los requerimientos en los consejos verbales de guerra y haberlos sustituido por las piezas que solicitaban los vocales, pues era claro que atentaba contra el derecho a la defensa. También se le crítico omitir los requerimientos para los allanamientos y las capturas, aplicar el artículo 28 para privar a la libertad individual a los sospechosos, incomunicar a los detenidos en proceso, desconocer el habeás corpus, interrogar sin abogados, producir ilegalmente pruebas, formular inadecuadamente formularios en consejos de guerra, desconocer recursos jurídicos, interpretar arbitrariamente las pruebas y atribuirse competencias para juzgar a civiles (Torres del Rio,2010: 344)

El Foro también se pronunció sobre el Plan Viola, que fue aprobado en Bogotá en la XIII Conferencia de Ejércitos Americanos. Bautizado en honor al general argentino, Roberto Viola, este plan “consideraba que las luchas populares eran producto de la subversión externa frente a la cual

se tenía que actuar con la táctica y estrategia de la guerra exterior hasta lograr la eliminación física y política del enemigo” (Torres del Rio,2010:344).

En 1980 se da la primera visita de Amnistía Internacional a Colombia, en donde presentó un informe sobre las distintas violaciones de Derechos Humanos que se están llevando. El entonces presidente Turbay Ayala, negó los hechos violatorios de los Derechos Humanos y “calificó a las ONG como parte de una conjura internacional. Al informe de Amnistía Internacional lo califico de vago e impreciso; Hugo Escobar Sierra, entonces ministro de Justicia, señaló que Amnistía Internacional había violado la soberanía nacional” (Romero, 2001, 447).

El tercer Foro se celebró en junio de 1982 y tuvo como tema central el surgimiento del grupos paramilitares Muerte a Secuestradores (MAS), que recientemente había hecho pública su aparición a raíz del secuestro de Marta Nieves Ochoa. El lema del Foro fue “Contra el MAS, los paramilitares y la represión” (Torres del Rio, 2010:344).

### **En la piel del enemigo: el pensamiento contrainsurgente**

Es en el marco de este contexto que debemos pensar como se generó la representación del enemigo al interior de las Fuerzas Armadas. Para acercarnos a ello debemos entender como alrededor de este enemigo se configura un discurso emocional (Bolívar, 2007) por parte de las Fuerzas Armadas, que a la vez que es enuncia los militares no sólo están reflexionando sobre las “motivaciones” y “acciones” del enemigo, también lo están haciendo sobre el mismo lugar que ellos consideran la institución militar tiene dentro de la sociedad. Lo que denominaremos “pensamiento contrainsurgente”, y que se refiere al conocimiento que los militares construyen alrededor de la guerra contrainsurgente, es un discurso emocional que busca interpretar ese otro que es el enemigo subversivo.

Debemos partir del hecho que el conocimiento creado alrededor de la guerra contrainsurgente identifica un objeto –el enemigo- que emerge de formas imprevistas y en situaciones que no se encuadran justamente dentro del enfrentamiento en el campo de batalla. El modelo de guerra contrainsurgente señala entonces que resulta fundamental recrear el pensamiento que el enemigo utiliza en su combate.

El modelo de guerra contrainsurgente está pensado específicamente como una forma de confrontar al concepto de la estrategia total, mediante el cual, el marxismo-leninismo piensa obtener el triunfo para la revolución proletaria. Por lo tanto, por su calidad de contraparte del concepto de estrategia total, el modelo de guerra contrainsurgente surge de la creación de un conocimiento particular sobre el enemigo, en donde se logre identificar y combatir todos los frentes que constituyen la estrategia total del enemigo, o lo que se conoció como “La combinación de todas las formas de lucha”. Por tanto cabe aclarar que para el modelo de guerra contrainsurgente sólo reconoce un enemigo, y este es el marxismo-leninismo.

Pizarro Leongomez señala que “La combinación de formas de lucha no nació de un dogma marxista, ya que en clara exégesis es contraria a los postulados clásicos, que consideran la lucha armada como expresión superior de acción política en circunstancias excepcionales (por ejemplo, en una situación insurreccional)” (Pizarro Leongomez,1989:34). El origen del movimiento armado comunista en Colombia se puede rastrear al Comité Central del Partido Comunista que se reunió a finales de 1950, en el que se afirmó que "los comunistas deben proceder a organizar la autodefensa de los trabajadores en todas las regiones amenazadas por ataques reaccionarios. Pero las acciones armadas no deben considerarse todavía como la forma fundamental de lucha, ya que en este período lo más importante es impulsar y organizar la resistencia de las amplias masas" (Pizarro Leongomez, 1989:9). Señala además que en este punto “es evidente que durante este primer período los comunistas no consideraron la lucha armada como el instrumento para acceder al poder” (Pizarro Leongomez, 1989:9).

Pero el origen de “la combinación de todas las formas de lucha” surge en el IX Congreso del Partido Comunistas realizado en junio de 1961. En este periodo justamente se da el famosísimo debate a cargo de Álvaro Gómez Hurtado sobre la supuesta existencia de “16 repúblicas independientes” en el país, en las que figuraban Guayabero, Riochiquito, el Ariari, Marquetalia y El Pato. Fue en este contexto en que el Congreso del Partido Comunista de 1961 se resuelve que, "La revolución puede avanzar un trecho por la vía pacífica. Pero si las clases dominantes obligan a ello por medio de la violencia y la persecución sistemática contra el pueblo, éste puede verse obligado a tomar la vía de la lucha armada, como forma principal, aunque no única, en otro

período. La vía revolucionaria en Colombia puede llegar a ser una combinación de todas las formas de lucha "(Pizarro Leongomez, 1989:30).

Steven Dudley, por otro lado, señala que "la combinación de las formas de lucha" se basó en un la apropiación de los postulados de Vladimir Lenin por parte de los comunistas colombianos. "Para Lenin, toda estrategia se regía por las circunstancias. La estrategia, declaraba, no obliga "al movimiento de una sola forma determinada de lucha". Dudley señalaba que Lenin explicaba que "(el marxismo) exige que se preste mucha atención a la lucha de masas en curso que con el desarrolla del movimiento, el crecimiento de la conciencia de las masas y la agudización de las crisis económicas y políticas, engendra constantemente nuevos y cada vez más diversos métodos de defensa y ataque" (Dudley, 2008 :37)

Otra inspiración para este modelo de estrategia total del enemigo se dio del modelo *foquista*, que emergió de la Revolución cubana de 1959, y que se refiere al método de lucha postulado por Ernesto "El Che" Guevara con base en su experiencia en el combate Sierra Maestra. Guevara señalaba, "la victoria armada del pueblo cubano sobre la dictadura batistiana ha sido, además del triunfo épico recogido por los noticieros del mundo entero, un modificador de viejos dogmas sobre la conducta de las masas populares de la América Latina, demostrando palpablemente la capacidad del pueblo para liberarse de un gobierno que lo atenaza, a través de la lucha guerrillera" (Guevara, 1960:3). Guevara señala que la revolución cubana brindó a los movimientos revolucionarios la posibilidad de romper con "los viejos dogmas" de la lucha de masas, en donde existía una "actitud quietista" y una "actitud mesiánica". Por "quietista" Guevara se refiere a "revolucionarios o pseudorevolucionarios que se refugian, y se refugian en su inactividad, en el pretexto de que contra el ejército profesional nada puede hacerse" (Guevara,1960:3). Frente a la "actitud mesiánica", Guevara señala que "algunos otros que se sientan a esperar a que, en forma mecánica, se den todas las condiciones objetivas y subjetivas necesarias (de la revolución) sin preocuparse por acelerarlas" (Guevara,1960:3). Guevara sostenía que en Cuba se habían roto con todos esos "viejos dogma", y que la revolución había dado tres aportes fundamentales a los movimientos revolucionarios, "(1) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. (2) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. (3) En la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo" (Guevara, 1960:3). Aun así Guevara señalaba que



Naturalmente, cuando se habla de las condiciones para la revolución no se puede pensar que todas ellas se vayan a crear por el impulso dado a las mismas por el foco guerrillero. Hay que considerar siempre que existe un mínimo de necesidades que hagan factible el establecimiento y consolidación del primer foco. Es decir, es necesario demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica (Guevara, 1960: 3).

El modelo de guerra contrainsurgente, se crea justamente en el marco un conocimiento sobre la configuración mental y emocional del enemigo- el marxismo-leninismo- , y apunta directamente a que este debe ser interiorizado por el estamento militar con el fin de lograr desentrañar el complejo campo de batalla en que se plantea la estrategia total. Llamaremos a este conocimiento creado alrededor del modelo de guerra pensamiento contrainsurgente.

En este sentido, el pensamiento contrainsurgente es fundamentalmente una competencia interpretativa sobre el cual se puede recrear el horizonte de interpretación del marxismo-leninismo. Esto mismo es un punto importantísimo a señalar ya que, el enemigo y su estrategia total sólo cobran su verdadera dimensión al contar con una competencia interpretativa.

El entonces Mayor Alfonso Plazas Vega<sup>16</sup>, en un artículo sobre la guerra contrainsurgencia en Filipinas, señalaba que, “Las insurrecciones comunistas sólo se desenmascaran como tales cuando ya están consolidadas” (Plazas Vega, 1981: 75), explicando como las plataformas nacionalistas en las cuales se presentan ciertos grupos sociales en el fondo son una fachada para el comunismo. El mayor Leonel de León Guillen, Oficial del Ejército República de Guatemala, explicaba como, “siendo los comunistas los maestros del engaño, han creado doctrinas, programas, planes, que no son nada nuevo para aquél que los conoce y que lee sobre sus procedimientos” (Guillen, 1982:324). Es por ello que el teniente coronel Argemiro Cruz, frente a estos hechos, señala que “(El papel de la Institución militar es) idear, integrar y recomendar planes y acciones apropiadas para evitar sucumbir ante el enemigo que camuflado bajo diferentes nombres y con estrategias, tácticas y métodos internacionales tienden a destruir los sistemas de gobiernos democráticos establecidos” (Cruz, 1981: 367-368).

Es clara, por tanto, la idea que el enemigo no es identificado como tal por individuos que no cuenten con una adecuada competencia interpretativa. Son justamente los portadores de este

---

<sup>16</sup> El coronel (r) Plazas Vega cobraría relevancia ya que en la retoma del Palacio de Justicia de manos del M19, en noviembre de 1985, Plazas Vega estaría al mando de la Artillería, y sería parte del Estado Mayor Especial. En junio de 2010 fue condenado a 30 años de cárcel por la desaparición de civiles en la retoma del Palacio de Justicia. (El Espectador.09.06.2010)

conocimiento -en este caso los militares- los llamados a difundir esta competencia interpretativa que permita desenmascarar el enemigo que se encuentra en los diferentes frentes de la vida social. El no-reconocimiento de esta lectura particular por parte de individuos o instituciones debe ser leído como un favorecimiento al enemigo, al ser un impedimento para la realización de una completa guerra contrainsurgente abarque todos los frentes de batalla que abre la estrategia total.

Este favorecimiento del enemigo lo podemos entender ubicado en un nivel pasivo y un nivel activo. El primero, nivel pasivo, se relaciona principalmente por la no comprensión del enemigo que se presenta en el pensamiento contrainsurgente. En este nivel pasivo se ubican lo que se denominan “los tibios en la lucha contra la subversión” (Sarmiento, 94: 3), los cuales se identifican con una específica configuración emocional – de individuos o grupos sociales- alrededor de la imagen del “cobarde” y el “pusilánime”. En la editorial del número 89 de 1978, los altos mandos señalan como

De tal manera, a la génesis de la violencia, se viene sumando otras circunstancias económica-sociales, como producto de la acción u omisión de los distintos estamentos de nuestra sociedad, hasta crear una indolencia general frente a los hechos delictivos, sin que la sociedad tome conciencia de este peligro que las carcome y erosiona cruelmente, quizá porque buena dosis de pusilanimidad ha minado su espíritu o no alcanza a comprender que bienes inestimables como la libertad, la seguridad y la paz, hay que conservarlos sin medir sacrificios, so pena de perderlo todo cuando llegue la anarquía, que bien alimentada por los factores de descomposición se expresa cada vez más agresiva y desafiante. (Editorial, 1978: 4-5)

El segundo nivel, activo, ya se refiere a individuos o instituciones que cuestionan directamente el modelo de guerra contrainsurgente y el accionar de las Fuerzas Armadas dentro del mismo. Este nivel activo de no-reconocimiento es leído directamente con un favorecimiento explícito del enemigo, ya que estas críticas obedecen a otro frente de batalla mediante el cual la subversión puede atacar a las Fuerzas Armadas<sup>17</sup>. En otras palabras, “el único a quien molesta la guerra contrainsurgente es al enemigo que es desenmascarado y confrontado en su estrategia total”.

En un artículo “En defensa del Ejército Nacional”, Álvaro Pablo Ortiz señala que,

Distintos sectores de la opinión pública, sobre todo los sectores de la izquierda, han querido convertir al Ejército en chivo expiatorio, en la víctima que debe pagar y responder por todas las desgracias nacionales. Así, dentro de esta óptica, muchos ven hoy tan sólo en el militar al torturador, al fascista, al opresor, al reaccionario. Y esta campaña desde luego tiene su razón de ser. La izquierda (la izquierda beligerante nutrida a punta de consignas internacionales, la izquierda de mirada torva y puño apretado), sabe que en una sociedad donde como en la nuestra, el estamento

---

<sup>17</sup> Posteriormente nos referiremos a la configuración de este *enemigo* hace el *pensamiento contrainsurgente* bajo características como *articulación, infiltración, escala global-local y orden/desorden*.

civil y el sacerdotal viven, en muchos casos, de la claudicación, el otorgamiento y la pérdida de paradigmas ejemplarizantes, es entonces el Ejército el reto supremo, el obstáculo más formidable, el último islote del honor y de la dignidad. Por eso hay que procurar socavarlo por todos los medios, demolerlo y barrerlo literalmente como decía Lenin. (Ortiz, 1981:123-124)

Estos cuestionamientos directos contra las Fuerzas Armadas son percibidos de dos formas por parte del pensamiento contrainsurgente. En un primer lugar como un ataque contra la moral de las Fuerzas Armadas. La noción de moral para los militares, en forma general, se refiere a las satisfacciones físicas y mentales que requiere el soldado para la realización de su trabajo, que a la vez refuerza la cohesión al interior de la institución militar, lo cual se denomina la disciplina de la tropa. El mayor Álvaro Puentes explica que “(La Moral es) todo lo que impulsa al soldado hacia lo que es honorable y correcto y comprende el honor, el patriotismo, la lealtad, la abnegación, el valor, la honradez profesional” (Puentes, 1979: 222).

Desde la noción de “moral” de las Fuerzas Armadas, los cuestionamientos sobre el accionar de los militares buscan minar la moral de la tropa al debilitar la disciplina creando dudas en el propio soldado sobre el verdadero significado de sus acciones. Esto se hace fundamentalmente al poner en tela de juicio la función heroica recae sobre el accionar del soldado. El mayor Puentes explica que,

Se añade el empleo de la propaganda de todas las manifestaciones para buscar en forma oculta en unas ocasiones, y ampliamente abierta en otras, el desprestigio de las Fuerzas Institucionales (...) Agreguemos a eso el auge alcanzado por las publicaciones clandestinas y la prensa amarilla que amparada en la libertad de prensa tratan de minar LA MORAL del militar ridiculizando la nobleza de la causa que defiende e incitándolo a colocarse de su parte para “Buscar el Camino”<sup>18</sup>. (Puentes, 1979: 219)

En segundo lugar, los cuestionamientos que recaen sobre la institución militar son interpretados como una forma de crear conflicto entre la sociedad colombiana y las Fuerzas Armadas, un fin deseado por la subversión en miras de crear las condiciones objetivas para la realización de la revolución. En un editorial del número 89 de 1978, los altos mandos militares señalaban que,

(..) al compas de la apatía general, se deja sentir en el ámbito de los medios de comunicación social, una mal intencionada campaña contra la Institución Armada, para desfigurar su imagen y aumentar el desconcierto en la opinión pública, señalando al agente del orden irreflexivo y hasta cruel, cuando la realidad es cómo se ha premeditado la violencia contra él, utilizando turbas en las ciudades y grupos sediciosos en los campos, motivando irresponsablemente, para lograr que las armas de la

---

<sup>18</sup> Bajo la idea de “Buscar el camino” se entiende la idea que organizaciones guerrilleras le ofrecían a los militares para que dejaran los cuarteles y se unieran a la lucha guerrillera.

republica provean mártires a la anarquía. Pero la gravedad de esta situación, radica en el propósito de escindir al pueblo representado por sus fuerzas estudiantiles y laborales de una parte, con la Institución Armada por otra, para obtener así el derrumbe de la democracia colombiana. (Editorial, 1978:5)

Un concepto clave es el monopolio de la interpretación que sostiene el pensamiento contrainsurgente sobre la verdadera naturaleza del enemigo, y en el que las Fuerzas Armadas enmarcan la confrontación que sostienen con distintos actores sociales; pero también este elemento resulta clave para analizar la lectura de la noción de legitimidad sobre la cual el pensamiento contrainsurgente se presenta para justificar su accionar.

El pensamiento contrainsurgente sostiene que el heroísmo y patriotismo presente en sus acciones -a la vez que el concepto de enemigo- sólo emergen en su verdadera dimensión si se cuenta con el horizonte de interpretación del pensamiento contrainsurgente. Debemos detenernos un poco sobre la categoría de heroísmo, ya que ésta nos ayuda a entender este horizonte de interpretación al interior del pensamiento contrainsurgente. El heroísmo es una acción en la cual un individuo pone en riesgo su integridad con un fin altruista, y por la realización de este acto reconocimiento obtienen el reconocimiento y admiración de otros individuos. Pero existe un grado superior de heroísmo, y este se refiere a la realización de un acto en el cual un individuo pone en riesgo su integridad física con el fin altruista, conociendo de antemano o no, que su acto será imperceptible para otros individuos o, en otros casos, generará su desaprobación. En este sentido, este grado superior de heroísmo lo podemos describir como un heroísmo desnudo de vanidades, donde la misma acción, por su propia esencia de heroicidad, no busca ni necesita un actor externo que la reconozca como tal.

Es en este marco en que podemos entender la configuración de la noción de héroe que las Fuerzas Armadas se atribuyen en la guerra contrainsurgente. Enfrentar al enemigo en un campo de batalla se consideraría heroico, pero enfrentarlo en el modelo de la guerra contrainsurgente es un grado superior de heroísmo. La misma incompreensión y ataques acrecientan la idea de un grado superior de heroísmo en su accionar porque la incapacidad de entender el heroísmo de las Fuerzas Armadas radica en no entender la verdadera naturaleza del enemigo que se encuentra en el pensamiento contrainsurgente; o del otro lado, en ser el enemigo y verse afectado por el acto. Sobre esta idea del grado superior de heroísmo se crea la imagen de las Fuerzas Armadas como el

último bastión de la sociedad colombiana frente a la estrategia total del enemigo. El mayor Álvaro Puentes se refiere a esta idea,

Nos enfrentamos a delincuentes concientizados, con ideales específicos, con financiamiento solvente, para los cuales todos los medios son lícitos siempre que ellos permitan llegar a la toma del poder. Estos delincuentes comprenden que el principal problema para el logro de sus objetivos son las Fuerzas Militares y contra ellas lanzan todas sus energías. LA MORAL del militar cada día puesta a prueba mediante ataques sistemáticos en todos los sectores y utilizando todos los recursos. Por esta razón es fácil comprender la razón de los ataques a los miembros de la Fuerza Pública desde los medios de comunicación amarillistas y las sociedades que protegen a la sombra de los Derechos Humanos, a delincuentes subversivos (Puentes, 1979:220)

Con estos elementos antes mencionados poder llegar a entender como se crea el pensamiento contrainsurgente, bajo qué línea argumentativa plantea la legitimidad que posee para plantear una determinada intervención sobre la sociedad. Además, entendemos en que marco son manejados los cuestionamientos que sobre la guerra contrainsurgente implementada por las Fuerzas Armadas, en donde se refuerza la imagen de “heroicidad” por parte de la institución armada y como “último bastión de la sociedad colombiana”. Ahora pasaremos a entender el concepto subversión, propio núcleo del pensamiento contrainsurgente.

### **La subversión**

El completo significado de esta noción de “subversión” sólo se puede ver si se entiende que, fundamentalmente, esta noción se sustenta sobre la propia lectura que desde el pensamiento contrainsurgente se hace de la teoría marxista-leninista. Esta lectura se basa, principalmente, en la idea que la “revolución” se alcanzara cuando en una nación se establecen unas “condiciones objetivas” que permitan la unión entre el “pueblo proletario” y el Partido Comunista para la derrocar al estado e instaurar el comunismo. La “subversión” entonces busca crear las “condiciones objetivas” para que se pueda desencadenar “revolución”. Como lo señalaba el, entonces coronel José Ignacio Posada<sup>19</sup>, “el papel de la subversión es crearlas o inventarlas (las condiciones objetivas) para convencer a las masas populares de que la revolución es indispensable o posible” (Posada, 1982: 346).

---

<sup>19</sup> Para la época de la toma del Palacio de Justicia, en 1985, el general Posada se desempeñaba como comandante de la Séptima Brigada del Ejército, en el departamento del Meta. En el juicio que se siguió por la tortura y desaparición de civiles en la retoma del Palacio, el principal testigo de la fiscalía fue el soldado Edgar Villamizar, de la Séptima Brigada. En el juicio, Posada aseguró que la Séptima Brigada no apoyó de ninguna forma la retoma de Palacio. Esta afirmación fue negada por el entonces comandante del Ejército, general (r) Samudio Molina, “quien manifestó que él sí había dado la orden para la agregación de la Séptima Brigada”(El Espectador.01.12.2009).

Hay que hacer énfasis en la idea de las “condiciones objetivas” en el pensamiento contrainsurgente, ya que tenemos que entender que éstas “condiciones objetivas” no se limitaban al campo militar sino también social, económico y cultura. Estas “condiciones objetivas” se logran mediante la “desestabilización general” de todos los ámbitos de la vida social, la llamada estrategia total. Es sólo de esta forma que la revolución se hace “indispensable o posible”. Es en este sentido que la idea de “subversión” está estrechamente ligada con la idea de “desestabilización” de un orden particular.

Tomaremos la definición que el coronel Posada hace de “subversión” para explicar los distintos elementos que componen esta definición, que son articulación, infiltración, nivel local/local y orden/desorden. Para Posada la,

(Subversión es) el proceso de deterioro político, económico, social y militar que adelantan en un país parte de sus habitantes, con autonomía o con dirección y apoyo desde el exterior, contra las autoridades legítimamente constituidas, para desestabilizar el sistema y crear las condiciones que les permitan la toma del poder para instaurar un régimen revolucionario. (Posada, 1982:345)

### **Articulación**

Primero cabe prestar atención a la idea de entender la subversión en el marco de un “proceso de deterioro político, económico, social y militar”. Esta definición nos brinda la posibilidad de identificar una categoría fundamental con que se configura al enemigo desde el pensamiento contrainsurgente, y que denominaremos “articulación”.

Cuando hablamos de articulación nos referimos a la idea de la presencia del enemigo que se manifiesta en distintas “formas”, pero en el mismo “fin”. En este sentido, la articulación plantea la necesidad de entender la presencia del enemigo en sus diferentes niveles (económico, social, militar, cultural) de la vida social, y como estos diferentes niveles están estrechamente articulados con el fin de crear las “condiciones objetivas” para la “revolución”. La articulación produce esta idea de ruptura de la noción del “frente de batalla”, dándole paso a una noción de “frente de batalla continuo”, en donde se pierde la línea entre lo bélico y no-bélico.

Es este componente de articulación, el que genera esta imagen global y abarcarde del enemigo que esta presente diferentes niveles de la vida social. Frente a esta complejidad de fenómenos

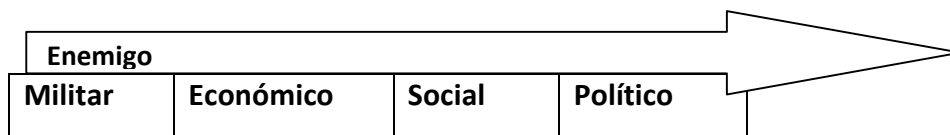
cabe señalar que sólo mediante esta competencia interpretativa en que se fundamenta el pensamiento contrainsurgente se puede entender este complejo nivel de articulación del enemigo. Posada señala como,

Para el desarrollo de sus actividades desestabilizadoras, la subversión “trabaja” en todos los estamentos de la sociedad. Infiltra sus ideólogos, activistas y agitadores en el propio gobierno, para traumatizar la gestión administrativa; en las universidades y demás centro de docentes para adoctrinar, dominar y luego utilizar a la juventud; en la iglesia, para adoctrinar religiosos y religiosas con miras a explotar el natural ascendiente que tiene sobre la población; y también en las mismas Fuerzas Militares y Policía, para provocar su indisciplina y desmoralización. (Posada, 1982: 346)

Un ejemplo claro en que se puede ver el nivel de articulación que alcanza el enemigo se puede ver en este párrafo del teniente coronel Argemiro Cruz, en el cual se elabora una lista de los actos relacionados con la subversión,

Actos de espionaje, infiltración, sabotaje, terrorismo, asesinato, insurrección, propaganda, secuestros individuales y colectivos, incendios premeditados, las bombas, los francotiradores, las incursiones, el sabotaje pasivo del ausentismo laboral, el boicoteo, las manifestaciones, las protestas, los motines, las huelgas, el retardo deliberado de producción, el retardo o suspensión de los servicios públicos básicos como el transporte, el correo, el servicio telefónico, la guerra de guerrillas, y en fin, un acervo de acciones y actividades de la mas variada naturaleza que su único propósito es debilitar el poder de los Gobiernos. (Cruz, 1981:368)

Es importante entender que bajo esta mirada de articulación no hay una clara idea de jerarquización o diferenciación entre los frentes de acción del enemigo; y que a la vez, se sostiene que al interior de estas acciones existe una coordinación y que, una competencia interpretativa puede develar la profunda articulación que existe entre estos distintos niveles. Podemos mencionar que esta mirada específica de articulación yace, en lo que denominaremos, una lectura horizontal del enemigo.



*Lectura horizontal del enemigo*

El pensamiento contrainsurgente considera que justamente esta característica articulada del enemigo se debe a la misma fragilidad que éste ha detectado al interior del modelo democrático,

y que le permite posibilidad de crecimiento. El mayor Guillen, del ejercito de Nicaragua, explica como,

Basado precisamente en las libertades que proporciona al sistema occidental, el comunismo internacional ha aprovechado la carencia de una praxis bien definida de aquel, para anteponerse a sus ambiciosas geopolíticas las cuales pretenden alcanzar de una manera sistemática y programada de acuerdo a los planes estratégicos quinquenales que trazan en sus conocidos Congresos del Partido Comunista de la Unión Soviética. (Guillén, 1982:321)

(La subversión aprovecha) Las amplias ventajas que les brinda la libertad absoluta, las leyes condescendientes y el celo de los gobiernos a veces ingenuo, por el respeto de los derechos humanos, cuando se trata de enfrentar a los criminales que integran las organizaciones terroristas". (Posada, 1982: 343)

En este caso Guillén y Posada mencionan cómo este mismo fenómeno articulado no puede llevarse a cabo en los países del bloque comunista. Que el enemigo defienda un accionar en Occidente y no lo haga en los países que tiene bajo su control, se refiere especialmente a una configuración emocional del enemigo en la cual el engaño juega un papel fundamental. Como lo señala Posada, "los fenómenos de la subversión y del terrorismo no se presentan en los Estados Totalitarios comunistas. El estricto control policivo, la drástica represión oficial y el terror psicológico sobre la población, hacen absolutamente imposible la existencia de la subversión o terrorismo. (Posada, 1982:343). El entonces mayor Plazas Vega señalaba como, justamente, se deben utilizar los métodos de los países comunistas en el combate de la insurgencia. "La mejor forma de combatir a la insurrección es la combinación de medidas represivas de carácter político y militar, avances sociales y propaganda. Los gobiernos comunistas han demostrado ser los que con mayor perfección pueden suprimir las revueltas y para ello se valen precisamente de ese método" (Plazas Vega, 1981:75).

Esta preocupación que el pensamiento contrainsurgente presenta frente a la fragilidad de los sistemas democráticos es un punto central para entender las nociones que subyacen en la "defensa de la democracia" desde las Fuerzas Armadas. En este punto, la misma defensa de las instituciones democráticas pasa por implantar los métodos que el enemigo —el comunismo— impone en los países bajo su dominio. Es de esta forma en que el pensamiento contrainsurgente percibe al Estado como un organismo que debe estar bajo la tutela de las Fuerzas Armadas, únicas suficientemente dotadas para identificar al enemigo que se infiltra por medio de los espacios que brinda el sistema democrático. La paradoja se da justamente en la idea de defender la democracia



eliminando los espacios que brinda, ya que es a través de ella que puede operar el enemigo. En una extraña paradoja, el pensamiento contrainsurgente parece estar de acuerdo con el enemigo: la democracia es imperfecta.

### **Infiltración ( la metáfora del contagio)**

Volviendo a nuestra definición, encontramos que el proceso subversivo es llevado a cabo en “un país (por) parte de sus habitantes”. En este fragmento encontramos otra categoría fundamental bajo la cual se configura este enemigo que es la de infiltración. La idea de la infiltración nace justamente de la idea del enemigo permeando todos los niveles de la vida social con el fin de lograr el “proceso de deterioro” que permita el triunfo de la revolución. La infiltración está fuertemente ligada a la idea de contagio, y podemos entender esta relación utilizando la metáfora de la “subversión como un cáncer de la sociedad”.

En este caso, la célula infectada (la subversión) se filtra entre un determinado grupo de células sanas (grupo social) infectándolo (adoctrinándolo) y generando que se transformen en células infectadas, produciendo el colapso, y luego, la muerte. Frente a esto es que se refería en un discurso el general Jaime Sarmiento Sarmiento,

El pueblo colombiano tiene que darse cuenta, antes de que sea tarde, que la estrategia subversiva sorda y clandestina, busca infiltrarse en todas las instituciones nacionales, desde la simple célula familiar, hijos contra padres, hasta los mismos órganos del Estado, pasando por las agrupaciones económicas, industriales, comerciales y educativas, sin descuidar a los sindicatos, para agrandar al infinito la brecha entre patrones y obreros, que para ellos son el símbolo o la materialización de la clase explotadora y la clase explotada. (Sarmiento, 1980: 7-8)

Esta idea de la posibilidad de contagio es posible por la combinación de dos factores que son la configuración emocional del enemigo -relacionada con el engaño- y por el otro lado, una configuración emocional particular del colombiano, relacionada con la “pasión” y el “subdesarrollo”. Esta relación entre estos dos factores nos lleva a entender que el problema del contagio debe plantearse relativo a un nivel de inconsciencia que se manifiesta. En este sentido, un individuo muchas veces no reconoce estar adoctrinado por el enemigo, porque el mismo enemigo utilizando el engaño, y el individuo (colombiano específicamente)- “pasional” y

“primitivo”-, no logra detectar que su propio discurso esta mediado por el adoctrinamiento del enemigo.<sup>20</sup>

El nivel inconsciente de contagio nos muestra un punto muy interesante. Este es la creación de un enemigo inconsciente, que bajo el engaño del adoctrinamiento del enemigo, es llevado a realizar unas acciones articuladas con los demás frentes del enemigo. En este sentido, el enemigo inconsciente no reconoce en las Fuerzas Armadas un contendor, pues no ubica sus actos dentro de la confrontación Fuerzas Armadas- subversión; pero las Fuerzas Armadas sí lo entienden como enemigo al ubicarlo como parte de la categoría de articulación del enemigo; entendiendo a la vez, que se convierte en un sujeto contagioso con potencial capacidad de realizar un adoctrinamiento, así sea inconsciente. La negativa del sujeto a reconocerse dentro de estos parámetros de interpretación del pensamiento contrainsurgente reafirma la idea de estar sometido al doble engaño: el del enemigo y el de su misma configuración emocional cultural. El nivel de inconsciencia se revela de igualmente en grupos nacionalistas o subversivos que sí pueden reconocer a las Fuerzas Armadas como su enemigo, pero que a la vez no se reconocen ni se orientan bajo el marxistas-leninistas. Por ello el entonces mayor Plazas Vega explicaba que, “la insurgencia comunista aprovecha las insurgencias nacionalistas” (Plazas Vega, 101:72). En este mismo punto apuntaba el entonces coronel Posada cuando señalaba que,

Estos movimientos terroristas revolucionarios que existen actualmente en el mundo no son absolutamente autónomos en sus ideologías, procedimientos y objetivos, como no lo son la revolución y la subversión que apoyan. La mayoría de estos movimientos han nacido bajo la inspiración directa de ideólogos marxistas-leninistas, aunque inicialmente se muestren ante la opinión nacional e internacional con la fachada de un autentico nacionalismo. (Posada, 1982: 344)

De esta forma, el pensamiento contrainsurgente deja claro que sólo reconoce un enemigo, y este es el marxismo-leninismo, tanto es sus distintos niveles de la vida social, como niveles de consciencia en que actúa.

La infiltración del enemigo es detectada a todo nivel, pero se centra con especial atención en unos grupos sociales particulares como son los estudiantes universitarios, los medios de comunicación, el medio artístico, los intelectuales y la iglesia. Esta idea de la infiltración del enemigo no sólo se

---

<sup>20</sup> Actualmente se puede entender esto bajo la idea de ser “un idiota útil” o “caja de resonancia” de la subversión.

entiende dentro de un contexto particular, como el colombiano, sino que se entiende como un fenómeno global, como lo explica el mayor Guillen, oficial del ejército de Nicaragua,

El asalto al Estado por vía guerrillera todavía se utiliza para naciones de menor rango. Pero, en general, la subversión de orden social de Occidente se ha organizado ya sobre la conquista de la super-estructura de poder: la cátedra, el libro, el cine, el teatro, la prensa, la radio, la televisión, la música, las salas de arte, los círculos intelectuales. El mundo de la educación, el de la cultura, el de la información, constituyen los objetivos preferentes de la fuerza subversiva ¿Y qué les parece la eficacia y la inteligencia con que han actuado? No existe una sola parcela en el mundo de la comunicación que no haya sufrido la infiltración subversiva, sujeta a un minuciosamente elaborado. (Guillen, 1982:324)

Es así como sobre estos grupos sociales se empieza a crear una representación alrededor de la infiltración y contagio. Particularmente directas son las acusaciones contra la infiltración del enemigo en el sistema educativo, causando el contagio de las juventudes.

Por eso a través de la cátedra proselitista y malintencionada hay que convencer al estudiante de secundaria y de universidad que la raíz de todos los males procede del militar; por eso mismo, hay que educarlo en la rechifla, en la ordinaria vez vuelta hábito, en la insumisión rotunda ante cualquier tipo de autoridad, en el odio, principio y fundamento de la sabiduría marxista. (Ortiz, 1981:124)

Un punto en el que se hace énfasis en lo que respecta a la infiltración del enemigo en el sistema educativo, es el tema de cómo se configura el enemigo a través de un “discurso de odio”. Esta idea del odio debe entenderse principalmente como parte de entender al enemigo en el marco de oposición orden/desorden. En este sentido la idea de odio está estrechamente ligada a la noción de una disrupción en un estado de equilibrio; además de estar ligada a configuración emocional en donde la irracionalidad juega un papel preponderante.

Frente a los medios de comunicación la acusación principal es la de crear una distorsión de la realidad que en últimas favorece al enemigo.

Cuando los pueblos pierden la esperanza, sumidos en un subdesarrollo que no parece ofrecer oportunidades de redención, el camino hacia el comunismo se hará inevitable. Por esto, la estrategia de los partidos comunistas en nuestros países consiste en destruir la fe en el futuro y en combatir, desde la prensa, por medio de su brazo desarmado, las posibilidades de destrucción de la nación. Hay que enseñarles a las masas el valor de la desesperanza, para motivarlas a romper con el orden social existente y arrogarse ciegamente en manos del nuevo sistema. (Jaramillo, 1980: 266)

La idea de la distorsión la podemos unir a lo que anteriormente denominamos el enemigo inconsciente el cual, no identifica al enemigo y no entiende que sus acciones son justamente coordinadas por el enemigo. Este grado de inconsciencia se ve claramente en este párrafo de:

Los periodistas, como cualquier otra persona, no son infalibles en sus juicios sobre lo que es correcto o errado, bueno o malo para el país. El informar con la intención de beneficiar al país no asegura que el país se beneficiará. El hecho es cómo los medios de comunicación, frecuentemente, no poseen suficiente información para apoyar decisiones prudentes, por lo cual no saben si la información será beneficiosa o perjudicial. En ausencias de medios de autocontrol se sugiere cautela y discreción en la revisión de contenido. (Diaz, 1978:160)

En otro punto podemos ver ya a los medios de comunicación en el marco ya de enemigos conscientes, en donde la distorsión es un hecho consciente en los individuos.

La distorsión de la verdad (por parte de los medios de comunicación) es rutinaria y común todo depende de la intención de los manipuladores; los hechos son llevados como los directores o los jefes de redacción en forma caprichosa lo deseen, y esto es solo asunto de enfoque, de acomodado, de técnicas y ángulos fotográficos, para cambiar radicalmente la verdad por la información conveniente (Roca, 1982: 242)

### **Escala global-local**

Continuando con la definición, hemos explicado que el proceso subversivo es llevado a cabo en un país por parte de sus habitantes, y ahora sumamos, “con autonomía o con dirección y apoyo desde el exterior”. En este sentido hay que hacer la aclaración que la noción de autonomía por parte de la subversión difícilmente tiene cabida como ya lo expusimos anteriormente. Esta noción cobra otra dimensión si la vemos más bien en el sentido entender el nivel de autonomía, y en este caso referirnos a la escala global-local en la cual se enmarca la estrategia total del enemigo. El capitán de navío Jaime Sánchez Cortes señalaba como, “podemos señalar que la insurgencia de origen marxista-leninista, en sus diversas variedades, es una aplicación de la Estrategia Total ejecutada en forma indirecta y más o menos lenta, de acuerdo a las circunstancias locales” (Sánchez Cortes, 1981:365)

Esta idea de la escala global-local se enmarca principalmente en la capacidad del marxismo-leninismo en adaptarse a unas condiciones locales. En este sentido, hay que entender que el marxismo-leninismo se entiende a sí mismo a nivel global, pero a la vez, que sólo por medio de sus manifestaciones local puede obtener el poder a nivel global. Este punto es clave para entender dos puntos. Primero, que el nivel de articulación del enemigo se da también entre la escala global-local. En este sentido debemos aclarar que en la articulación entre lo global-local sí

hay una clara jerarquización. En este sentido existen adaptaciones locales de unos lineamientos globales. Segundo, que estas adaptaciones locales se fundamentan justamente en la capacidad de lograr identificar características locales que permitan una lectura desde estos lineamientos globales. A esto se refiere el entonces mayor Plazas Vega cuando señala que “La insurgencia, cuando tiene carácter comunista, no tiene raíces en las necesidades sentidas de la población pero las aprovecha” (Plazas Vega, 1981:72).

En este caso de las características locales que permitirían una interpretación en el marco de lineamientos globales del enemigo, que se crea la idea de la “lo latente”. “Lo latente” se refiere entonces a todas aquellas características locales que puedan ser aprovechadas por el enemigo para consolidar a nivel local su lineamiento global. Esta idea de “lo latente” tiene justamente que ver con la posibilidad de contar con un conocimiento que permita detectar estas características locales previamente a que sean aprovechadas por el enemigo. De esta forma encontramos que se crea la idea de un enemigo latente que se expresa claramente en la Editorial de la Revista de las Fuerzas Armadas del número 97 de 1980,

La vida cualquier Estado está constantemente amenazada por factores internos y externos que pueden permanecer latentes o en situación potencial por largos periodos de tiempo, pero que frecuentemente actúan de manera oculta y sorpresiva, sin dejar lugar a una apropiada reacción. De esta afirmación no puede exceptuarse ningún Estado, por poderoso, avanzado y firme que parezca. (Editorial, 1980: 403)

Hay que señalar que en la idea de “lo latente” se crea el marco para entender que el combate del enemigo se puede realizar en un contexto preventivo. En este sentido estas características locales que hacen parte de la dinámica cultural y social propia local, se convierten en lugares que necesariamente deben ser intervenidos con el fin de impedir que se creen espacios sociales que el enemigo pueda aprovechar. En este plano de la acción preventiva contra el enemigo se debe hacer un diagnóstico general que permita determinar que tipo de espacios sociales se presentan a la infiltración del enemigo. El campesinado es uno de los grupos sociales con mayor probabilidad de infiltración, como lo menciona el entonces mayor Plazas Vega,

El campesino sin tierra es un insurgente en germen. Siendo el campo su forma de vivir, el no tener tierra lo impulsa a enfrentarse a cualquier sistema de gobierno. Por eso los gobiernos comunistas lo primero que hacen es repartir tierra a los campesinos, así sea una hectárea. (Plazas Vega, 1981: 75)

Desde el pensamiento contrainsurgente existen cuatro características locales que se configuran como nichos para el enemigo, en los que se cuentan el subdesarrollo, la crisis de valores, la configuración emocional del colombiano y la misma configuración estado-nación colombiano.

El subdesarrollo es una de las principales características locales sobre la cual centra su interés el enemigo. Alrededor del subdesarrollo se consolida principalmente la imagen de la inestabilidad, en donde el subdesarrollo se lee no sólo desde un modelo relaciones económicas específico, sino que se convierte en un determinante particular de una configuración emocional de los individuos. Como lo menciona el editorial del número 88 de la Revista de las Fuerzas Armadas se menciona que,

Tal vez en un país de elevado grado de desarrollo, las heridas dejadas por una época tan violenta, hubieran sido posible cicatrizar en el transcurso de una o dos generaciones; pero no en nuestro subdesarrollo medio colombiano, en el cual las condiciones de dependencia económica, desequilibrio social, incultura y carencia de solidaridad humana, mantienen a un buen porcentaje de compatriotas marginados de participar en la vida nacional (Editorial, 1978: 4).

Es justamente esta configuración emocional que se genera dentro del subdesarrollo las que producen las condiciones propicias para las aspiraciones del enemigo. Especial atención requiere la idea de la idea de ser una democracia subdesarrollada. En este sentido, la configuración emocional de los sujetos subdesarrollados los hace tomar decisiones políticas equivocadas por cuenta de escapar de su dramática situación. En una conferencia dictada en la Escuela de Guerra por Juan Diego Jaramillo, se anota como,

En el subdesarrollo se generan situaciones sociales inestables que luego se vuelven vulnerables a la demagogia comunista. Jamás la pobreza o la miseria han sido resueltas por la imposición de un régimen comunista, pero esto no lo saben los pueblos de antemano. Si la miseria se puede identificar, aunque sea falazmente, con el régimen de libertades, los pueblos votarán por la opresión, pedirán ser esclavizados para librarse del hambre y para ofrecer un futuro que se piensa sea mejor a los hijos de las generaciones siguientes (Jaramillo, 1980:266).

Es en este orden que surge la idea, primero, de la existencia de un hombre subdesarrollado; y segundo, que estos hombres subdesarrollados por su configuración emocional no logran tomar decisiones políticas correctas por estar sometido a un doble engaño: el de su configuración emocional, fruto del subdesarrollo; y el del engaño del enemigo.

Es justamente de esta forma en que se estructura la noción de la seguridad y el desarrollo como dos conceptos inseparables. Entendiendo el desarrollo como un proceso que debe asegurarse de

la misma forma en que se asegura una posición en el campo de batalla. Este punto se deja claro en la editorial de la Revista de las Fuerzas Armadas en el número 92, “El desarrollo y la seguridad corren de la mano: la seguridad es el clima en que fructifica el desarrollo, pero este, cultivado en un medio de justicia genera en sí mismo un clima de seguridad” (Editorial, 1979:195). El mayor Guillen, oficial del ejército de Nicaragua, señala como esta relación seguridad-desarrollo está también presente en otros ejércitos en Latinoamérica.

La verdadera función que deben cumplir las Fuerzas Armadas como elemento medular en la defensa de la Soberanía Nacional e integridad territorial y como elemento coadyuvante en el desarrollo integral de nuestro países subdesarrollados cuyas sociedades mantienen una lucha constante en la búsqueda de un futuro mejor, hacia ellas extiende las clases marginadas sus brazos como única esperanza . (Guillen,1981: 3)

**Orden/desorden:**

Volviendo a la definición de *subversión* encontramos que “es el proceso de deterioro político, económico, social y militar que adelantan en un país parte de sus habitantes, con autonomía o con dirección y apoyo desde el exterior”. En este punto agregamos una parte clave de la definición, y es que, el proceso de *subversión* se realiza “contra las autoridades legítimamente constituidas, para desestabilizar el sistema y crear las condiciones que les permitan la toma del poder para instaurar un régimen revolucionario”.

En esta parte de la definición entramos a entender la lectura que de oposición *orden/desorden* que plantea la definición de la *subversión*.

Desorden	Orden
Subversión es el proceso de deterioro político, económico, social y militar que adelantan en un país parte de sus habitantes, con autonomía o con dirección y apoyo desde el exterior.	Contra las autoridades legítimamente constituidas, para desestabilizar el sistema y crear las condiciones que les permitan la toma del poder para instaurar un régimen revolucionario.

En este sentido, todo el proceso de deterioro en distintos ámbitos que realizan la subversión requiere un referente de orden para validarse como tal. El orden sólo puede reconocerse como tal mediante un proceso de oposición con lo que se denomina desorden. El desorden no es concebido entonces como una serie de acciones inconexas; es una fuerza organizada contra el orden. Hay que señalar como la misma noción de orden -que se propone en esta definición de

subversión- rebasa propiamente la idea de un orden estatal; y se ubica más bien en el nivel del orden cultural. Por lo tanto, el acto subversivo no es un acto en contra del Estado. El acto subversivo busca atentar contra la misma base sobre la cual se configura el orden: la cultura. Álvaro Pablo Ortiz señala este tipo de “subversión de la cultura”.

El marxismo en Colombia ya prácticamente ganó la batalla en las aulas (...) ha retorcido y deformado a su antojo la historia en textos que son oficiales y obligatorios, ha inculcado en la mente del educando un odio patológico por todo lo que presuma sabor hispánico, sabor de cruzada, sabor misionero, sabor de infinito. A este representante de una visión secular, materialista y atea de la existencia le falta solamente para cumplir sus anhelos desmoralizar y dividir al Ejército. Pero eso, afortunadamente, no lo ha logrado. (Ortiz, 1981:125)

Esta idea del acto subversivo como un atentado contra la cultura se refuerza con la idea de interdependencia en los niveles del orden. De esta forma consideramos como el orden no es percibido como algo que es dado desde un plano superior – como sería en la imagen del Estado-, sino como el orden se manifiesta por medio de niveles en el cual se reproduce, y los cuales se encuentran interconectados.

En esta idea de la interconectividad de los niveles de orden entendemos que el orden estructura como un todo a través de los distintos niveles de la vida sociales como son la familia, la institución educativa, el trabajo y el Estado. Esta idea de interconexión de los niveles del orden la podemos ver en el siguiente párrafo del general Sarmiento Sarmiento,

El pueblo colombiano tiene que darse cuenta, antes de que sea tarde, que la estrategia subversiva sorda y clandestina, busca infiltrarse en todas las instituciones nacionales, desde la simple célula familiar, hijos contra padres, hasta los mismos órganos del Estado, pasando por las agrupaciones económicas, industriales, comerciales y educativas. (Sarmiento, 94: 7-8)

La misma interconectividad en los niveles de orden configurado transversalmente sobre todos los espacios sociales elimina justamente la misma noción de la neutralidad. El orden se construye en todos los niveles - por cuenta de la oposición orden/desorden- y no existe un solo espacio, por minúsculo o distante que sea, que pueda ser interpretado por fuera de este marco pensamiento de oposición.

En resumen, en este capítulo presentamos la compleja representación del enemigo que se hace el “pensamiento contrainsurgente” entre el periodo de 1978 y 1982, pasa por entender categorías como articulación, infiltración, escala global/local y orden/desorden. En la categoría de



articulación se menciona la presencia del enemigo en el campo de confrontación bélico y no-bélico, entendiendo el campo de batalla como un escenario que se prolonga a través de los distintos escenarios sociales. En el plano de articulación también se entiende como hay una plena coordinación entre los distintos planos en que se manifiesta el enemigo, en una clara simultaneidad para lograr el triunfo de la revolución. En la categoría de infiltración se explica como el enemigo permea los distintos ámbitos de la vida social, realizando el adoctrinamiento de distintos sujetos que terminan recreando el discurso del enemigo, y perpetuando el “contagio de la subversión”. Es importante en esta categoría de infiltración mencionar como surge la idea de un enemigo inconsciente, y que se constituye a partir de sujetos que no reconocen el adoctrinamiento al que han sido sometidos por parte del enemigo. En la categoría de escala global/local se entiende como el enemigo –específicamente el marxismo leninismo- se considera a sí mismo un plan global que se configura sobre unas condiciones particulares locales. Es de esta forma en que, según los militares, el enemigo constantemente reinterpreta distintos fenómenos locales con el fin de leerlos en el marco del marxismo-leninismo para así justificar su presencia. Y en último, la categoría de orden/desorden se entiende que la oposición que se crea para explicar cualquier tipo de actividad que atente contra el orden. En este sentido, el orden se estructura en los distintos niveles de la vida social y cualquier tipo de perturbación se da como un esfuerzo por generar una desestabilización general de la estructura social. No existe por tanto hechos aislados y dinámicas particulares, sino una lucha entre el orden y el desorden.

#### **IV. Del guerrillero rural al terrorista urbano**

La transformación del conflicto armado en Colombia durante los años setenta obedece transformaciones globales. La lucha guerrillera rural empieza a darle paso a un nuevo método de lucha por parte de estas organizaciones, en las cuales afianzan su accionar en las ciudades. Sus acciones “realizadas por pocos hombres, muy bien planificada, cuidadosamente ejecutada y dirigidas contra personas prominentes o sitios o actos sensibles (...) Ideológicamente los grupos insurrectos de esta nueva fase de guerra urbana eran menos dogmáticos y estaban menos comprometidos con las corrientes internacionales del marxismo” (Pardo Rueda, 2004: 455). Estas organizaciones emergen en distintos contextos en Europa, Medio Oriente y Latinoamérica. En este último continente aparecen organizaciones, entre las que se cuentan Los Tupamaros (Uruguay), Los Montoneros (Argentina), Alfaro Vive Carajo (Ecuador), Túpac Amaru (Perú) y el M-19 (Colombia).

En el contexto colombiano, la aparición del Movimiento 19 de Abril (M-19)- en 1973- representó un cambio en la dinámica del conflicto armado. Para esta fecha ya existían tres grupos guerrilleros de accionar claramente rural, que habían sido fundados en los años sesenta (FARC, en 1964; ELN, en 1965; EPL, en 1968) . Aunque diferían en su orientación ideológica (unos marxista-leninistas, otro castrista, y el último, maoísta) compartían la idea de un accionar marcadamente rural, que en el caso del ELN, se enmarcaba en la noción de la guerra foquista (Comisión de memoria histórica, 2010: 267). La Operación Anorí, en 1974, en la que casi es exterminado el ELN por cuenta del Ejército fue un punto para que este grupo guerrillero replanteara el foquismo que había caracterizado sus orígenes (Comisión de memoria histórica, 2010:267).

Desde su fundación, el M-19 se intentó desmarcar justamente del énfasis rural presente en los demás grupos guerrilleros, y en uno de sus primeros escritos en 1973 –denominado *Documento N. 2*- señalan que, “al hecho político de la permanencia de tres movimientos armados en el campo, sin actividad en la ciudad, se va agregando una nueva práctica de lucha armada urbana, partiendo de momentos tácticos y sin ligazón orgánica entre ellas. Esta acción (el M19) va a llenar un vacío manifiesto al traer la lucha armada del puro nivel estratégico a la vida cotidiana de las masas” (Villamizar, 2002:276 citado por Pardo Rueda, 2004: 459). El M19, por tanto, buscaba apoyo en

esas grandes masas populares, creadas a través de los procesos migratorios urbanos durante la segunda mitad del siglo XX, y que no encontraban una directa identificación con las otras guerrillas.

Esta idea del M-19 de “llevar a la vida cotidiana de las masas” la lucha armada se plasmó en el elemento cinematográfico que caracterizó el accionar urbano de esta guerrilla. El 17 de enero de 1973, el M-19 roba de la espada de Simón Bolívar y se da a conocer a la opinión pública como un movimiento guerrillero. En diciembre de 1978, obtiene una de sus mayores victorias al lograr extraer de Cantón Norte de Bogotá, por medio de un túnel, siete mil armas. Luego, el 27 de febrero de 1980, un grupo de 17 guerrilleros se toman la embajada de la Republica Dominicana, en donde se realiza una recepción diplomática.

Se menciona que el robo de armas al Cantón Norte por parte del M-19 fue una respuesta a las declaraciones del entonces Ministro de Defensa, general Camacho Leyva, que invitó a la ciudadanía a asumir su defensa. Este llamado a los ciudadanos a armarse por parte del general Leyva fue respaldado por un artículo en la Revista de las Fuerzas Armadas del Mayor (r) de la Policía, Ananías Hincapié Zuluaga en que señalaba que,

sabido es que el Estado no alcanza a brindar seguridad a todos los ciudadanos y por tanto, estos deben procurársela, ya individualmente o como empresa, si desean un poco de tranquilidad. Esta situación es clara y así lo sugirió con buen criterio el Ministro de Defensa Nacional, aunque fuera criticado irracionalmente por la opinión pública y desde luego, por quienes moralmente no tienen por qué aceptar el orden social, pues el interés anárquico y de desprestigio al Gobierno, son de su provecho, ya que viven como coprófagos alimentándose del desorden social y por tanto ninguna panacea preventiva y represiva es aceptable para ellos, porque coarta a sus conmitones el hábito de sus inclinaciones perversas(...)Es cierto, el hombre tiene que defenderse por sus propios medios y ayudar al gobierno, porque este, no lo puede dar todo; la defensa personal es permitida y la sociedad tendrá que aceptar el criterio de autodefensa, porque de lo contrario, está expuesto a perecer y nadie hoy en día está ni puede estar dispuesto a entregar su honra y su patrimonio material frente al acecho del enemigo; sería una cobardía y clásico delito social el aceptar pretensiones de delincuentes y por tanto se nos indilgaría la complicidad con el desorden social, y el cual debemos atacar decididamente. (Hincapié Zuluaga, 1978:87)

Fue justamente la atención que despertó el M-19 con sus golpes espectaculares en la guerra urbana, lo que en últimas representó una de sus más grandes derrotas militares. “El espacio urbano hace más vulnerables las acciones guerrilleras, y lo mismo que en todo el cono sur, el M-19 urbano de la primera fase fue severamente golpeado por el Estado después del espectacular robo de armas del Cantón Norte” (Pardo Rueda, 2004: 465). Y es que el grupo más golpeado durante la

vigencia del Estatuto de Seguridad entre 1978-1982 fue el M-19. “El afán por recobrarlas (las armas) y por dismantelar toda la red urbana del M-19 desencadenó constantes violaciones a los derechos humanos y la suspensión de las garantías individuales” (Torres del Rio,2000: 225). El golpe al M-19 fue casi total, y como lo señaló su comandante Jaime Bateman sobre las lecciones que les había dejado el episodio del robo de las armas del Cantón Norte, “aprendimos que al enemigo hay que valorarlo suficientemente, porque nosotros realmente se nos subieron los humos a la cabeza y pensamos que éramos más fuertes que lo que en realidad éramos” (Bateman entrevistado por Castro Caicedo, en Villamizar,1995:40; citado por Pardo Rueda,2004:461).Estos hechos hicieron que, un golpeado M-19, se iniciara en 1982 en la guerra rural mediante la creación del Frente Sur, en el departamento de Caquetá, al mando de Jaime Bateman. Luego el M-19 abría frentes en la zona del Pacífico, en especial en Cauca y Valle del Cauca.

Un punto a detallar en esta dinámica del conflicto armado en Colombia entre 1978-1982, es esta ruptura que supone esta llegada del M-19, y la misma configuración de dos identidades de enemigo. Por un lado, la del guerrillero rural, en el cual se puede caracterizar a gran parte de los miembros de las FARC, ELN o EPL; y por el otro lado, la del terrorista urbano, en el cual se puede caracterizar a los militantes del M-19. Es muy importante por tanto indagar cómo fue la lectura que los militares hicieron de estas transformaciones de la dinámica del conflicto armado, y como fue que el pensamiento contrainsurgente integró estos nuevos elementos a su reflexión.

Según el “pensamiento contrainsurgente”, el guerrillero rural y el terrorista urbano están clasificados en una serie de elementos alrededor de los cuales se construyen estos modelos. El primero es ubicación y se refiere a la ubicación geográfica del enemigo (rural o urbano). Segundo es reclutado por, y corresponde a los motivos socio-económicos por los cuales se da la vinculación del individuo al enemigo. En tercer lugar se encuentra motivación y se refiere a la configuración emocional particular que lleva a la vinculación de estos individuos con el enemigo. El cuarto punto es clase social y se refiere a la extracción social de la cual provienen los individuos. El último, nivel de estudios, se refiere al nivel educativo con que cuenta el individuo.

<b>Transición en el modelos de enemigo:</b>		
	<b>Guerrillero rural</b>	<b>Terrorista urbano</b>
<b>Ubicación</b>	Rural	Urbano
<b>Reclutado por</b>	La falta de tierra y oportunidades	Su falta de valores
<b>Motivación</b>	Necesidad	Vanidad
<b>Clase social</b>	Baja	Media o Alta
<b>Nivel educativo</b>	Nulo o bajo	Medio o Alto

Primero entremos a señalar la diferencia que en relación a la ubicación se piensa entre el guerrillero rural y el terrorista urbano. La dinámica del conflicto armado en Colombia -desde el periodo de La Violencia hasta los años sesenta con la conformación de las distintas guerrillas- había tenido un énfasis claramente rural. La confrontación, y los mismos discursos de los actores, planteaban una clara separación entre la esfera de lo urbano y lo rural. Con las transformaciones sociales que se dan con las grandes migraciones rurales a los centros urbanos durante la segunda parte del siglo XX, se entiende como estos nuevos grupos guerrilleros encontraron que debieron reenfocarse para lograr la conexión con las masas urbanas. Es de esta forma que el mismo mapa que se traza del conflicto armado es el mapa de la Colombia rural.

En el Informe sobre Desarrollo Humano de 2003, Conflicto: callejos con salida, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, dirigido por Hernando Gómez Buendía, desarrolla un análisis del conflicto armado colombiano a partir de la imagen de la “periferia”. El hito de la colonización, en el que se destacan momentos como la colonización antioqueña, la de la llanura costeña y la del Magdalena Medio, sirvió para marcar la frontera entre “las dos Colombias”: la central, en la que se asienta lo que se denomina como “una de las democracias más estables de la región”; y la periférica, a la que muchas veces el Estado no alcanza a cobijar, y que las élites políticas del centro ignoran o fracasan en comprender. En la periferia, donde las instituciones estatales o no se encuentran, o se transforman por cuenta de la llamada “cultura de frontera”, la falta de un fuerte orden jurídico y del monopolio de la fuerza por parte del Estado, hacen que, frecuentemente, estas funciones sean realizadas por parte de particulares. Las funciones del Estado en manos de particulares es el caldo de cultivo para el conflicto.

Es en un ambiente de marginalidad donde surgen los diferentes actores del conflicto. Estos diferentes grupos no sólo operan en la marginalidad sino que sus discursos están claramente ligados a la marginalidad. Las FARC han sido moldeadas por la marginalidad. Creadas a partir de la retoma del ejército a la población de Marquetalia en 1965, que los pobladores habían declarado Repúblicas independientes, y cimentadas en las luchas agrarias, las FARC han tratado de conquistar el centro desde la periferia. Un ejemplo claro es el discurso que Manuel Marulanda Vélez envió para la instalación de las mesas de diálogo, en El Caguan, en la cual enumeró el número de mulas, caballos, cabezas de ganado, cerdos y aves de corral que el Ejército les quitó durante el ataque a Casa Verde en 1990. Las paramilitares, que tienen origen en la “ley del llano”, los “pájaros” y los “chulavitas”, son legalizados en 1965 como resultado de la impotencia del Estado de copar todo el territorio nacional. El Estado dejó en manos de particulares la administración de justicia en la periferia, y es por ello que la raíz del fundamento paramilitar sea en esencia “antisubversivo”. En los años 80, gracias al financiamiento de las economías ilícitas (narcotráfico y comercio de esmeraldas), crece la estructura paramilitar y nacen las AUC (PNUD, 2003)<sup>21</sup>.

Esta asimilación de la violencia como una característica de un entorno rural, hacen que con la emergencia de un grupo guerrillero como el M19, se sobrepongan categorías propias de la violencia rural para intentar categorizarlo. Un ejemplo claro de ello es la denominación bandolero urbano. El Mayor Álvaro Puentes señala como “para el bandolero urbano obviamente no existe LA MORAL, ella es un mito. Importa el fin. No importan los medios para su logro” (Puentes, 1979: 220). En este sentido, vemos como se quiere encuadrar en aquellos grupos guerrilleros que no entregaron sus armas en la amnistía que ofreció el dictador, teniente general Gustavo Rojas Pinilla, a los grupos guerrilleros en 1953. A pesar de que en los años sesenta grupos guerrilleros, específicamente el ELN, llamaron la atención de grupos estudiantiles y religiosos urbanos, estos, como ocurrió en el caso del cura Camilo Torres, se integraron a una dinámica del conflicto rural.

---

<sup>21</sup> Una relectura de este tipo de teoría sobre el conflicto armado se puede hacer desde nuestra actualidad con los recientes esclarecimientos de los grupos armados ilegales, en especial los paramilitares, con la esfera política y económica urbana. En este sentido, *lo periférico*, en el caso del paramilitarismo, pudo haber superado este aislamiento, logrando una presencia y un discurso “nacional”. En este sentido, los más recientes acercamientos al tema del conflicto armado se refieren a rastrear esa *articulación* entre los distintos niveles de *lo nacional* y *lo regional* o *lo urbano* y *lo rural*.

(ver: Corporación Nuevo Arco Iris (2007) *Parapolítica. La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Intermedio. Bogotá; Corporación Nuevo Arco Iris (2010) *Y refundaron la patria... de cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Debate. Bogotá )

Entender estos actores generadores de violencia como parte del orden urbano resulta conflictivo para el mismo pensamiento contrainsurgente. Es entonces que encontramos todo un esfuerzo por entender este fenómeno a través del estudio de casos grupos de “terrorismo urbano” que operan en otros países. El mayor Galán Rodríguez, por ejemplo, desarrolla una serie de hipótesis para entender el surgimiento del grupo de las Brigadas Rojas en Italia.

Un paso demasiado rápido de una sociedad agrícola a una sociedad industrial; el desplazamiento de la familia; la pérdida de los valores morales y religiosos; una educación demasiado permisiva; el apuro por disfrutar de los productos y placeres de la sociedad de consumo; drogas y adoctrinamiento político; el desempleo y pobreza; y por último las deficiencias de la justicia y el sistema carcelario (Galán Rodríguez, 1979:390).

Un punto fundamental en la diferenciación que se realiza entre el guerrillero rural y el terrorista urbano, es tensión que se puede ubicar en el pensamiento contrainsurgente cuando trata de explicar, las distintas causas que lleva a los individuos a involucrarse con la “subversión”. En este sentido, el fenómeno de “lo latente” en el guerrillero rural es fácilmente detectable, y está ligado a su incapacidad de contar con un pedazo de tierra para cultivar y producir. En otras palabras, el punto central sobre el cual se articula la “subversión” a la esfera rural es por medio del “subdesarrollo”. Por ello, la erradicación” de la “subversión” en las zonas rurales – y sobre el campesinado en específico-, se da por medio de generar “desarrollo”. Con el “desarrollo” se eliminan las condiciones económicas y sociales que la “subversión” explota en su beneficio. Y no sólo eso, esta acción de “desarrollo” serviría para transformar esa configuración emocional propensa a la “violencia” que se manifiesta en estas poblaciones. Con esta explicación entendemos que, el modelo sobre el cual se fundamenta la idea del guerrillero rural, las nociones de “seguridad” y “desarrollo” se complementa mutuamente.

Por otro lado, la llegada del terrorista urbano plantea unas tensiones grandes para el pensamiento contrainsurgente. La línea argumentativa que se construye sobre la posibilidad de identificar el enemigo en “lo latente”, en el caso del guerrillero rural, se problematiza con la llegada de este nuevo enemigo que emerge en una parte específica de la grupos sociales que no justamente representan el grupo de sujetos bajo los efectos del “subdesarrollo”. El terrorista urbano no logra entenderse como consecuencia del “subdesarrollo”. Es más, justamente el modelo del terrorista urbano surge en países “desarrollados”, y sus métodos se ajustan a ellos. Tal es el caso de grupos como ETA (España), Las Brigadas Rojas (Italia), Rote Arme Fraktion (Alemania)

o IRA (Irlanda del Norte). Como lo señala el entonces coronel Posada, “los terroristas, hombres, mujeres, jóvenes y viejos, no proceden de los estratos más bajos de la sociedad, como muchos suponen. Los principales ideólogos, dirigentes y activistas provienen de la clase media e, inclusive de la alta sociedad, adinerada y burguesa” (Posada,1982: 348). Para reforzar esta afirmación, Posada realiza una lista sobre miembros de Las Brigadas Rojas italianas y de la “Rote Arme Fraktion”, y sus posiciones sociales privilegiadas:

A. De las Brigadas Rojas, (Italia).

Antonio Negri= Profesor de la Universidad de Padua.

Francesco Piperno= Profesor de Física de la Universidad de Cosenza.

Oreste Scalzone= Director de la revista “Autonomía”, de extrema izquierda.

Renato Cursio= Sociólogo de la Universidad de Trento

B. de la “Rote Arme Fraktion”: (Alemania Federal)

Andreas Baarder: Estudiante universitario

Ulrike Meinhof: periodista

Hortz Mahler: doctor en Ciencias Políticas

Gudrum Ennslin: hijo de un pastor protestante

(Posada, 1982:348-349)

En este caso, el quiebre fundamental, se da en entender como la “subversión” surge en un marco totalmente distinto al “problema del desarrollo”. Es en este punto que “lo latente” se configura sobre poblaciones rurales ajenas a las dinámicas urbanas, aquellas que pueden ser más identificadas con el “desarrollo”. La misma mirada esperanzadora sobre el “desarrollo” como una forma de superar la “subversión” se invierte; es el mismo “desarrollo” el que ha generado la “subversión”. Y el terrorista urbano, en su mayor parte, perteneciente a la clase media o alta y con educación universitaria; es inentendible para el pensamiento contrainsurgente. Es en este punto en que aparece la idea de entender que la emergencia del terrorista urbano resulta de un factor como “la falta de valores”. Este es el argumento que está detrás de la afirmación del mayor (r) Ananías Hincapié de la Policía, cuando explica como,

El resquebramiento de los valores morales desde el propio núcleo familiar, motivado en parte por fenómenos transculturales, subproducto de una evolución rápida de los hechos económicos, político, religiosos, etc, para los cuales no se había preparado el país, y la pérdida del sentimiento ciudadano, son posiblemente al decir de algunos sociólogos y criminólogos, causas del aumento de la delincuencia. (Hincapié, 1981: 81)



En este punto hay que hacer una aclaración, y es que el terrorista urbano no se entiende como una manifestación ajena al (único) enemigo que reconoce el pensamiento contrainsurgente: el marxismo-leninismo. Como lo menciona el coronel Posada, “el terrorismo político-revolucionario no nace espontáneamente. Es un medio complementario de la subversión comunista, un arma de incalculable poder destructivo pero incapaz, por si sola de lograr el triunfo de la revolución” (Posada, 1982:352).

Una serie de implicaciones se producen al identificar a la “falta de valores” como potencial punto de estructuración de la “subversión”. Si bien la misma idea de declarar el “subdesarrollo” como foco “subversivo” produjo que el pensamiento contrainsurgente se atribuyera la potestad para deliberar en campos como la producción económica o la planificación de políticas de intervención sobre la población rural<sup>22</sup>; la misma idea de declarar como foco “subversivo” “la falta de valores” lleva la potestad para intervenir en otros ámbitos, que en el caso de la “falta de valores” pasa por los medios de comunicación o las universidades.

Por eso a través de la cátedra proselitista y malintencionada hay que convencer al estudiante de secundaria y de universidad que la raíz de todos los males procede del militar; por eso mismo, hay que educarlo en la rechifla, en la ordinariez vuelta hábito, en la insumisión rotunda ante cualquier tipo de autoridad, en el odio, principio y fundamento de la sabiduría marxista. (Ortiz, 1981:124)

Se debe señalar que, si bien la intervención cambia radicalmente en lo que respecta a los campos de acción; el punto central en este desplazamiento del foco de la “subversión” -del “subdesarrollo” a la “falta de valores”- es la misma naturaleza de la intervención sobre los mismos. En este caso, la postura del pensamiento contrainsurgente en relación a cómo entender el “cambio social” tiene una profunda ruptura entre el guerrillero rural y el terrorista urbano. En el caso del guerrillero rural es justamente el “cambio social” abrazado, pues es justamente en la transformación de estas poblaciones que se buscaba eliminar la capacidad del enemigo de infiltrarlas. Este proceso de transformación involucraba no sólo un cambio en las estructuras económicas, que traerían el “desarrollo”, sino que también el “desarrollo” traía consigo la idea de modificar una determinada configuración emocional y mental de tales formaciones. La apropiación del “cambio social” por esta línea del pensamiento contrainsurgente también pasa

---

<sup>22</sup> En este punto podemos mencionar el Plan Lazo, creado por el general Alberto Ruiz Novoa en 1962, y que es el punto de partida para lo que denominaría la acción cívico-militar, según la cual, paralelo a la acción bélica del combate con el *enemigo*, los militares desarrollan brigadas de salud, educativas o de construcción de infraestructura para afianzar la confianza y la cooperación de los civiles de áreas que presenten accionar de grupos subversivos.

por entender la importancia de arrebatarle al enemigo el monopolio del discurso del “cambio”. En pocas palabras podemos decir que, en lo que respecta al tratamiento del modelo guerrillero rural, “al campesino había que transformarlo, para que no se transformara en enemigo”.

No ocurre lo mismo con el terrorista urbano. En este sentido, hay una valoración totalmente negativa de lo que representa el “cambio social”. La misma transformación es la que produce el fenómeno “subversivo”. La transformación misma es percibida como una “pérdida”, como la productora de una serie de elementos desestabilizadores. Es así como la misma imagen del campesino, que en otro momento es una imagen de un “individuo a ser transformado”, se convierte, de un momento a otro, en un “individuo anhelado”. Esta misma imagen anhelada del “campesinado” es reproducida cuando los militares reflexionan sobre la misma composición de los nuevos reclutas que ingresaban a la institución militar. El mayor Puerta señala que, analizando “la calidad del elemento humano que se incorpora a las Fuerzas Militares en la época actual”, las condiciones urbanas han dificultado encontrar el soldado “ideal del pasado”. Señala que, anteriormente:

La mayoría de los incorporados provenían de las áreas rurales donde la juventud estaba acostumbrada a una vida fuerte y se ajustaba fácilmente al servicio y la disciplina militar. En contraste el recluta urbano de hoy vive en una sociedad libertina, permisiva complicada y esta sujeto a la influencia de varios factores: un creciente concepto de individualismo que puede llegar a conducirlo a retar la autoridad; falta de interés por la disciplina; actitudes negativas hacia el trabajo físico; mayores exigencias de esparcimiento; decreciente lealtad a la religión y al país; creciente tensiones psicológicas y emocionales; propensión al uso de drogas y otros vicios (Puerta, 1979:222-223).

Un punto a señalar también en esta transición del guerrillero rural al terrorista urbano es la misma configuración emocional de estos dos enemigos, y que obedece especialmente al paso de los métodos de guerra rurales -guerra de guerrillas- a los de guerra urbana – atentados o toma de instalaciones-. Un elemento que el pensamiento contrainsurgente reconoce como principal motivación del terrorista urbano es la “vanidad”. Frente a la principal motivación que podía encontrarse en el guerrillero rural en el desarrollo de sus actividades es la “necesidad”; mientras, en el terrorista urbano no hay una motivación “claramente material”, pero sí una necesidad de “reconocimiento”. Como lo señala Posada, al terrorista urbano “lo domina una irresistible atracción por figurar en la vida nacional de un país y aspira a ser reconocido algún día como héroe popular (...) busca por esencia la reafirmación de su personalidad” (Posada, 1982: 348). Y esta idea de “figurar en la vida nacional” está estrechamente ligada a los métodos que se utilizan en la

“guerra urbana”, y que prioriza las acciones de carácter más simbólico, que despierten una gran atención de los medios de comunicación. Posada señala que justamente “los medios de comunicación son los encargados de proporcionar esta publicidad, es decir, “caen en el juego” del terrorismo” (Posada, 1982: 350).

Como conclusión podemos mencionar que la emergencia del M19 consolida una nueva identidad del enemigo, integrando la identidad del terrorista urbano. Esta nueva identidad del enemigo entra a romper la oposición fuerte que entre lo rural y lo urbano había existido en el conflicto armado colombiano, y entra a respaldar la interpretación que desde el “orden” había impuesto la escuela de los Tradicionales. En este caso, las teorías sobre el subdesarrollo como punto de emergencia de la subversión no parecen apropiadas cuando en estos nuevos grupos subversivos se hace clara la presencia de sujetos de clase media y alta, y en muchos casos con formación universitaria. Es de esta forma en que se elabora todo un nuevo campo de interpretación para poder entender el surgimiento y el accionar de estos nuevos grupos que parecen obedecer a lógicas distintas a las que el pensamiento contrainsurgente enfrentó en el pasado.

## **Conclusiones**

La representación del “enemigo” entre 1978 y 1982 en las fuerzas armadas debe ser entendida desde una mirada completa que integre tanto los procesos que se venían dando en la guerra contrainsurgente desde inicios de los años sesenta -a nivel regional y nacional-, como las transformaciones de las dinámicas de la guerra a finales de los años setenta. Todos estos elementos configuraron la representación que se manifiesta en la idea de un “enemigo difuso, pero actuante”, que se acentúa en un periodo en que las fuerzas armadas tuvieron la capacidad de desarrollar la guerra contrainsurgente, en el marco del Estatuto de Seguridad promulgado por el gobierno de Julio Cesar Turbay. Las fuerzas armadas, configuradas principalmente alrededor de la labor “antisubversiva”, elaboran entonces una definición amplia de la “subversión”, en el marco principal de entender “el orden” como principal solución del problema “subversivo”.

Esta noción de “orden”, sobre el cual reposa la interpretación fenómeno de la “subversión”, obtiene relevancia a partir de relevos en la cúpula militar, y que alejaron del mando a la línea de militares que defendían la noción de “cambio social” como punto central en la lucha contra la “subversivo”. La línea de pensamiento, en cabeza del general Ruiz Novoa, que planteaba el problema de la “subversión” en términos del “desarrollo”, durante los años sesenta, fue también el resultado de un contexto político particular. Con el triunfo de la revolución cubana en 1959, Estados Unidos centra su atención sobre Latinoamérica y crea la Alianza para el Progreso. Paralelo a esto, la CEPAL empieza a un replanteamiento de las teorías económicas, dándole un vuelco crítico a una noción como el “desarrollo”. Ruiz Novoa entonces estructura una mirada sobre el problema de la “subversión”, en donde la necesidad de implementar el “cambio social” se encuentra como punto central para cerrarle el paso al surgimiento de una “revolución sangrienta”.

Con la salida de Ruiz Novoa de las filas militares, en 1965, la llamada “línea tradicional” obtiene el poder de la institución militar, imponiendo a su vez una mirada distinta sobre el fenómeno de la “subversión”. Rompiendo completamente con la mirada de Ruiz Novoa, los mandos militares se centran en entender el problema de la “subversión” como una cuestión de “orden”. Es así como de una mirada del “cambio” -como una forma de combatir el surgimiento de la “subversión”- se pasa a entender los planteamientos de transformación de los modelos políticos y económicos como parte de la agenda de los grupos revolucionarios en su finalidad de “desestabilizar el

sistema". Es de esta forma en que "el orden" se constituye como el fin último de la institución militar.

Pero entre estas dos miradas hay continuidades y rupturas. Una de las continuidades que podemos ubicar es el marco del lenguaje científico, fruto del mismo contexto histórico desarrollista de los años sesenta (Escobar, 1996:19), de la "línea desarrollista" incluyó en sus análisis sobre el fenómeno "subversivo"; y que la "línea tradicional" integró en sus análisis, tomando el marco del "orden" en la aplicación de estas herramientas.

La organización de este conocimiento sobre la guerra contrainsurgente lo denominamos "pensamiento contrainsurgente", y lo entendemos en el marco de un discurso emocional, en donde las Fuerza Armadas, a la vez que plantean unas ideas sobre las motivaciones y acciones de la "subversión", se asignan a sí mismos (Fuerzas Armadas) un lugar privilegiado dentro de la sociedad. Señalamos que el "pensamiento contrainsurgente" funciona principalmente como una competencia interpretativa sobre el cual se puede recrear el horizonte de la estrategia total del marxismo-leninismo en su camino a derrotar el estado. La idea entonces de enemigo no es identificada como tal por individuos que no cuenten con una adecuada competencia interpretativa. La misión por tanto de los portadores del monopolio interpretativo sobre la "subversión" –el pensamiento contrainsurgente– es la de desenmascarar al enemigo que se encuentra en los diferentes frentes de la vida social bajo la noción de la estrategia total.

Es frente a la obtención del monopolio de la interpretación del fenómeno "subversivo", que el pensamiento contrainsurgente se sitúa en un lugar muy particular de enunciación. Frente a las confrontaciones que el pleno desarrollo de la guerra contrainsurgente genera en distintos grupos de la sociedad, específicamente por la violación de los derechos humanos por torturas, asesinatos y desapariciones, la respuesta justamente es recalcar nociones como "heroísmo", que sirven como marco para interpretar el accionar de las fuerzas armadas en procura de "desenmascarar y combatir al enemigo" en una sociedad incapaz de entender la verdadera naturaleza del enemigo. Sobre esta idea del grado superior de heroísmo se produce entonces la imagen de las Fuerzas Armadas como el último bastión de la sociedad colombiana frente a la estrategia total del enemigo.

El pensamiento contrainsurgente plantea entonces el fenómeno “subversivo” como una noción amplia, en la cual el punto central es que la “subversión” es la búsqueda de crear la desestabilización del sistema que permita la creación de las “condiciones objetivas para la revolución”. Presentamos cuatro puntos principales para acercarnos a la representación de la “subversión”: articulación, infiltración, escala local/global y orden/desorden.

Nos referimos a la articulación del proceso “subversivo” por la simultaneidad en que el enemigo se presenta en distintos campos de la vida social en un esfuerzo articulado por producir la desestabilización del sistema. En este sentido se genera una lectura transversal del enemigo, en donde hay una continuidad entre lo que se entiende como bélico y lo no-bélico. La segunda categoría es la de infiltración, y con ella se señala la posibilidad de enemigo de permear todo tipo de espacio social, y especialmente su capacidad de lograr convertir en agentes subversivos a distintos sujetos mediante la exaltación de “determinadas pasiones”, transformándoles –de forma consciente o inconsciente- en productores de desestabilización. El tercer punto es el de escala local/global y se trata principalmente de la capacidad de adaptación que la estrategia total del marxismo-leninismo- como estrategia global- tiene en los contextos locales, y como sus circunstancias específicas son interpretadas desde el marxismo-leninismo. En este sentido, se explica que el marxismo-leninismo se entiende a sí mismo a nivel global, pero a la vez tiene claro que sólo por medio de manifestarse a un nivel local puede lograr la ejecución de su poder en nivel global. Por último, presentamos la categoría de orden/desorden, en donde presentamos que para entender el desequilibrio que plantea el “proceso subversivo”, se crea la un referente de oposición entre orden y desorden; en donde todos los fenómenos sociales son interpretados en el marco de la lucha entre dos fuerzas: la del orden y la del desorden.

Este trabajo sobre la comprensión de la representación que las fuerzas militares han realizado sobre el “enemigo difuso” en la guerra contrainsurgente, ha sido un esfuerzo especial para plantear una nueva lectura sobre el mismo papel que las fuerzas militares han desempeñado dentro del conflicto armado colombiano. La misma configuración del enemigo que se han hecho las fuerzas militares ha sido el resultado de las transformaciones del conflicto, como también nuevas formas de intervenir sobre el fenómeno “subversivo”. Es por ello que con miras a construir una paz estable y duradera, las fuerzas armadas deben hacer parte de un proceso que lleve a entender la dinámica de la guerra que hemos enfrentado en Colombia, acercándonos a la

construcción del enemigo que ha estado presente en sus filas en sus distintos momentos, y comprendiendo como ciertos excesos de la institución militar han tenido que ver con lo identidad del enemigo.

## Bibliografía

- ABRAMS, Philip (1977) "Notas sobre la dificultad de estudiar el estado" en: Revista Virajes Año 2, No.2, Universidad del Cauca, Marzo de 2000, pp 79-98
- ANDRADE ANAYA, Luis Alberto (1978) "Cronología de Nuestro Derecho Constitucional (I)" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 88. Bogotá. Colombia. Pag 123-131
- ANDRADE ANAYA, Luis Alberto (1978) "Cronología de Nuestros Derechos Constitucional (II)" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 89. Pag 265-273
- BERMÚDEZ, Gonzalo (1982) *El Poder militar en Colombia*. Expresiones. Bogotá
- BOLIVAR, Ingrid Johanna (2007) *Discursos emocionales y experiencias de la política. Las FARC y las AUC en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)*. Uniandes-CESO. Bogotá
- BOLETÍN ESTRATEGICO 002 (1978) "Organización Básica de Defensa Nacional" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 89. Bogotá. Colombia. Pag 229-236
- CEPEDA, Iván "El señor Narváez" en El Espectador. 17.10.2009
- Comisión de Memoria Histórica (2010) *La Rochela. Memorias de un crimen contra la justicia*. Taurus. Bogotá
- Comisión Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos (1980) *Represión y tortura. Informe Internacional y Testimonios Nacionales*. Fondo Editorial Suramericana. Bogotá.
- CRUZ GARCÍA, Argemiro (1981) "Los conflictos de baja intensidad, un tema de relevante interés para los militares de todo el continente en el siglo XX" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 100. Bogotá. Colombia. Pag 367-370
- DE LA CRUZ A., Guillermo (1978) "Servicio militar y empleo" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 89. Bogotá. Colombia. Pag 185-191
- DELGADO CALDAS, Sigifredo (1979) "ETA Vasca" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1979. Número 93. Bogotá. Colombia. Pag 365-381
- DIAZ RUSSI, Rafael (1978) "Libertad de los medios de comunicación social" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 88. Bogotá. Colombia. Pag 151-161
- DUDLEY, Steven (2008) *Armas y urnas: la historia de un genocidio político*. Planeta. Bogotá
- EL ESPECTADOR. "Condenan a 30 años de prisión a Coronel (r) Plazas por holocausto del Palacio" 09.06.2010.
- EL ESPECTADOR. "El general Posada también miente, dice parte civil en caso del Palacio" 01.12.2009.
- Editorial (1978) "Hacia un objetivo Nacional" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 88. Bogotá. Colombia. Pag 3-6
- Editorial (1979) en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1979. Número 92. Pag 193-195
- Editorial (1979) en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1979. Número 93. Bogotá. Colombia. Pag 361-362
- EDITORIAL (1980) "Palabras pronunciadas por el Señor General Jaime Sarmiento Sarmiento, con ocasión del homenaje de la Sociedad Bolivariana de Historia a las Fuerzas Armadas" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1980. Número 94. Bogotá. Colombia. Pag 3-9



ESCOBAR V., Arturo (1996) *La invención del Tercer Mundo*. Norma. Bogotá

FLOREZ VALERIANO, Gustavo (1981) "Fuerzas Armadas en la Defensa y Desarrollo integral de los países subdesarrollados" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 101. Bogotá. Colombia. Pag 3-14

GALÁN RODRIGUEZ, Mario (1979) "Las brigadas rojas de Italia" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1979. Número 93. Bogotá. Colombia. Pag 383-390

GARCIA, Pio (1981) "Notas sobre formas de Estado y regímenes militares en América Latina" en Revista Mexicana de Sociología, Vol. 43, No. 2 (Apr. - Jun., 1981), pp. 545-553 . Universidad Nacional Autónoma de México. México.

GIRALDO GUEVARA, Hugo (1981) "Política militar soviética" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 100. Bogotá. Colombia. Pag 371-378

GUEVARA, ERNESTO (1960) *Guerra de guerrillas*. Granma Internacional (edición on-line). Cuba.

HALL, Stuart (1997) (ed.), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London, Sage Publications, 1997. Cap. 1, pp. 13-74.

HINCAPIE ZULUAGA, Ananías (1981) "Reforma Carcelaria" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 98. Bogotá. Colombia. Pag 81-89

IBAÑEZ S, José Roberto (1978) "Orígenes de la guerra" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 88. Bogotá. Colombia. Pag 43-52

IBAÑEZ S. José Roberto (1978) "Nuestro primer ejercito" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 89. Bogotá. Colombia. Pag 203-211

IANNI, Octavio. "Los Estados Unidos y el militarismo latinoamericano" en: Revista Mexicana de Sociología, Vol. 30, No. 3 (Jul. - Sep., 1968), pp. 511-524 . Universidad Nacional Autónoma de México.

JARAMILLO, Juan Diego (1980) "Estamos perdiendo la Tercera Guerra Mundial. Conferencia en la Escuela Superior de Guerra" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1980. Número 96. Bogotá. Colombia. Pag 251-267

KRAUSE, Walter. "La Alianza Para el Progreso" en: Journal of Inter-American Studies, Vol. 5, No. 1 (Jan., 1963), pp. 67-81 .Center for Latin American Studies at the University of Miami

José. "América Latina: La crisis hegemónica y el golpe militar" en: Desarrollo Económico, Vol. 6, No. 22/23, América Latina 3: América Latina como proyecto (Jul. - Dec., 1966), pp. 355-415 . Instituto de Desarrollo Económico y Social.

LANDAZABAL REYES, Fernando (1982) *Conflicto social*. Editorial Beta. Medellín

LEAL BUITRAGO, Francisco (2002) *La Seguridad Nacional a la deriva. Del Frente Nacional a la posguerra fría*. Alfaomega Editores-Universidad de los Andes-Flacso Sede Ecuador. Bogotá.

LEAL BUITRAGO, Francisco (1994) *Orden mundial y seguridad. Nuevos desafíos para Colombia y América Latina*. Tercer Mundo. Bogotá.

LEAL BARRERA, Ciro Alberto (1982) "Las migraciones internas en América Latina y su impacto social" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1982. Bogotá. Colombia. Pag 356-376

LEON GUILLEN, Leonel (1982) "La presencia socialista en el Caribe: Cuba, Grenada, Nicaragua" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1982. Número 103. Bogotá. Colombia. Pag 320-326

LULL, James (1997) *Medios, comunicación, cultura*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

MOTTA VARGAS, Edgardo (1979) "Los grupos terroristas de Baarder Meinhof" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1979. Número 93. Bogotá. Colombia. Pag 391-401

MORALES VARGAS, Manuel A. (1980) "Realidades y proyecciones de la revolución cubana" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1980. Número 97. Bogotá. Colombia. Pag 411-416

NAVARRO WOLF, Antonio (2005) "Actor de la guerra y gestor de la paz" en Revista Consigna. Edición 485. III trimestre de 2005.

NARVAEZ, José Miguel (1997) "Guerra política como concepto de guerra integral" en Revista de las Fuerzas Armadas. Número 162. Marzo de 1997. Bogotá.

NIETO ORTIZ, Pablo Andrés. "¿Subordinación o autonomía?. El ejército colombiano, su relación política con el gobierno civil y su configuración en la violencia, 1953-1990." *Informe final del concurso: El papel de las fuerzas armadas en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO. 2004

ORTIZ R., Álvaro Pablo (1981) "En defensa del Ejército" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 98. Bogotá. Colombia. Pag 123-125

PARDO RUEDA, Rafael (2004) *Historia de las guerras*. Biografía e Historia. Bogotá

PECAUT, Daniel (1989). *Crónica de dos décadas de política*. Siglo Veintiuno. Bogotá

PIZARRO LEONGOMEZ, Eduardo (1989) "Orígenes del movimiento armado comunista en Colombia 1949-1966" en Análisis Político. No. 7. Mayo- Agosto de 1989. IEPRI. Bogotá

PIZARRO LEONGOMEZ, Eduardo (1987) "La profesionalización militar en Colombia (1907-1944)" en Análisis Político. No. 1. Mayo-Agosto 1987. IEPRI. Bogotá

PIZARRO LEONGOMEZ, Eduardo (1987) "La profesionalización militar en Colombia (II): el periodo de la Violencia" en Análisis Político. No. 2. Septiembre-Diciembre 1987. IEPRI. Bogotá

PLAZAS VEGA, Luis Alfonso (1981) "Un repaso a la solución contra-revolucionaria de las Filipinas" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 101. Bogotá. Colombia. Pag 63-78

PNUD (2003) *Conflicto: un callejón con salida*. Informe anual sobre Desarrollo Humano-2003. Colombia

POSADA, José Ignacio (1982) "Consideraciones sobre el terrorismo" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1982. Número 1982. Bogotá. Colombia. Pag 342-353

POSADA SAMPER, Miguel (1997) "La guerra jurídica de la subversión" en Revista de las Fuerzas Armadas. Número 162. Marzo de 1997. Bogotá. Colombia

PUNTES S, Álvaro (1979) "Algo para meditar" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1979. Número 92. Bogotá. Colombia. Pag 219-228

RESTREPO, Laura (1986) *Historia de una traición*. Plazas y Janes. Bogotá.

REYES POSADA, Alejandro (2008) *Guerreros y Campesinos. El despojo de la tierra en Colombia*. Norma. Bogotá

ROCA MAICHAEL, Luis E. (1982) "La comunicación social y su influencia" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1982. Número 102. Bogotá. Colombia. Pag 231-244

ROMERO, Mauricio (2003) *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*. IEPRI. Bogotá

ROMERO, Flor Alba (2001) "El movimiento de derechos humanos en Colombia" en Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia. Mauricio Archila y Mauricio Pardo (Editores). CES/ Universidad Nacional- ICAHN. Bogotá

ROZO CARVAJAL, José Ignacio (1981) "El folklore en la conducta de la sociedad" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 100. Bogotá. Colombia. Pag 419-429

RUEDA SANCHEZ, Rigoberto (2000) *De la guardia de las fronteras a la contrainsurgencia. Elementos de la evolución política e institucional del Ejército colombiano 1958-1965*. Premio Nacional de ensayo académico "Alberto Lleras Camargo". ICFES. Colombia

RUIZ NOVOA, Alberto (1965) El gran desafío. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá.

SANCHEZ CORTÉS, Jaime (1981) "La diplomacia de las cañoneras y la estrategia total" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 100. Bogotá. Colombia. Pag 351-365

SHARMA, A., & GUPTA, A. (2006). *The anthropology of the state: A reader*. Malden, MA: Blackwell Pub.

STOLER, Ann Laura (2002) "Colonial archives and the arts of governance" en: *Archival Science* 2: pag. 87-109

TAPIAS STAHELIN, Fernando y RUIZ, Luis Alfonso (1982) "Persuasión a través de la televisión" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1981. Número 102. Bogotá. Colombia. Pag 217-230

TORRADO QUINTERO, Rodolfo (1978) "La convención de Ocaña" en Revista de las Fuerzas Armadas. Año 1978. Número 88. Bogotá. Colombia. Pag 53-61

TORRES DEL RIO, Cesar (2010) *Colombia siglo XX. Desde la guerra de los Mil Días hasta la elección de Álvaro Uribe*. Norma. Bogotá

TORRES DEL RIO, Cesar (2000) *Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional*. Planeta. Bogotá

VALENCIA TOVAR, Álvaro (1997) "El conflicto armado en Colombia. Marco histórico general" en Revista de las Fuerzas Armadas. Número 162. Año 1997. Bogotá. Colombia

VALENCIA TOVAR, Álvaro (1998) "El cuarto momento militar del siglo" en Revista de las Fuerzas Armadas. Numero 169. Diciembre 1998. Bogotá. Colombia

VASQUEZ, Teófilo (2006) "Dinámicas, tendencias e interacciones de los actores armados en el Magdalena Medio 1990-2001" en *Conflictos, Poderes e Identidades en el Magdalena Medio, 1990-2001*. Cinep. Bogotá. Pag 313-372

VERDAD ABIERTA. (Pagina web). "José Miguel Narváez y el asesinato de Jaime Garzón" 29 de junio de 2010.

VELAZQUEZ RIVERA, Edgardo de Jesús (2002) "Historia de la Doctrina de Seguridad Nacional" en: *Convergencia* enero-abril, año 9, numero 27. Universidad Autónoma del Estado de México. Facultad de Ciencias Sociales y Administración Pública. Pp 11-39

VILLAMARÍN PULIDO, Luis Alberto (2010) "93 años del general Ruiz Novoa" en pagina web [www.luisvillamarin.com](http://www.luisvillamarin.com). 2 de enero de 2010.